

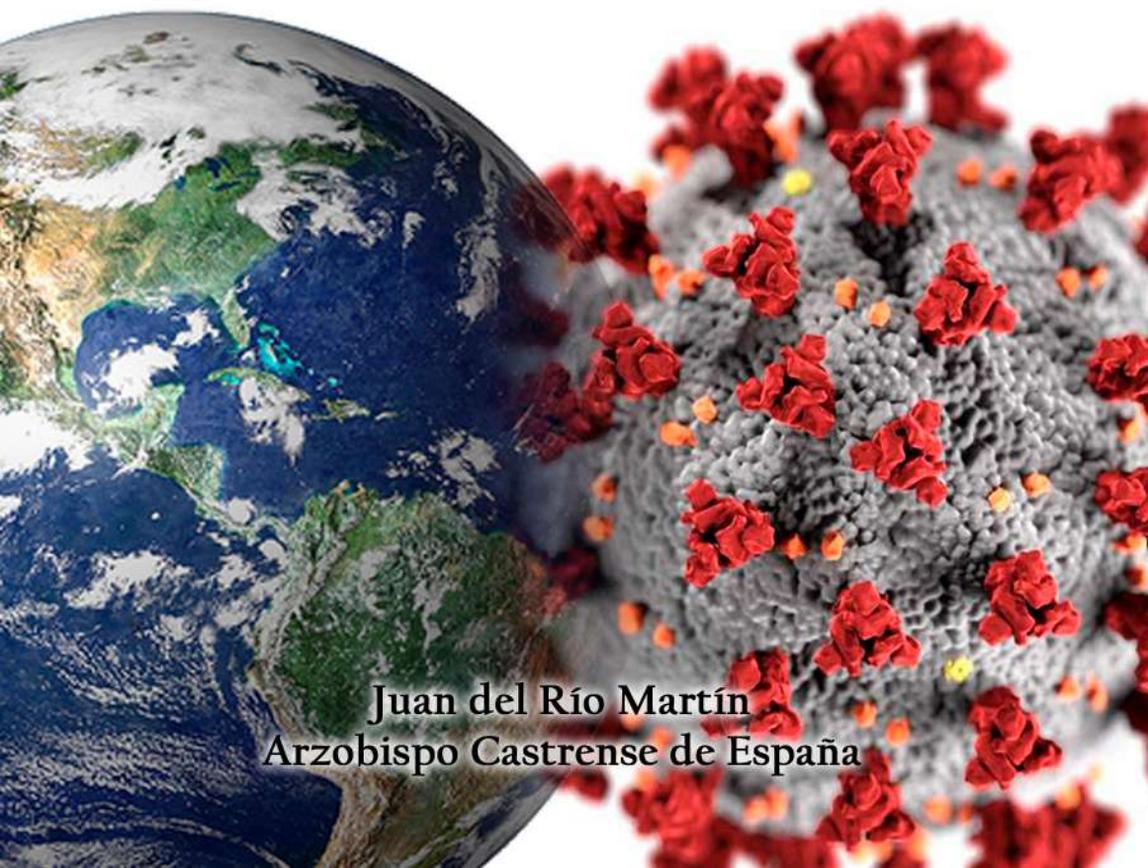


Jornada Mundial de la Paz

“La cultura del cuidado como camino de paz”

Enero 2021

UN PLUS DE HUMANIDAD



Juan del Río Martín
Arzobispo Castrense de España



UN PLUS DE HUMANIDAD

JUAN DEL RÍO MARTÍN

ARZOBISPO CASTRENSE DE ESPAÑA

Índice General

I.	Una encíclica en la pandemia: “Guerra y Fraternidad”..	5
	I.I La arquitectura de Fratelli Tutti	8
	I.II Tiempos calamitosos	11
	I.III El prójimo sin fronteras	14
	I.IV La injusticia de la guerra	18
	I.V Fraternidad universal y la paz.....	24
	I.VI Conclusión: Como superar las contiendas	28
II.	“Diario de un pastor en la COVID-19”	33
	San José y el Coronavirus.....	37
	“La práctica religiosa en tiempos pandémicos”.....	39
	“La impotencia de no poder estar ahí”	42
	“Nuestros militares: héroes cotidianos”.....	44
	“Sanitario Español... de frente erguido”	47
	“La piedad popular en el coronavirus”	50
	“Solos en la soledad”	53
	“Descubrir a los vecinos, recuperar viejas amistades”	55
	“En defensa de los ancianos”	58

“Semana Santa en Casa”	61
“Contagiar la esperanza”	64
“El adiós dolorido”	67
“La fortaleza de la cada día”	70
“Héroes del momento: los padres”	73
“Virtudes claves para el coronavirus”	76
“Fraternidad y Solidaridad en la adversidad”	79
“Historias que contar”	82
“No dejéis de orar”	85
“Día de las Fuerzas Armadas en época del Covid-19”	88
“Recuperar la normalidad”	91
“El esplendor del Corpus en tiempos de crisis”	94
“Otros virus del siglo XXI”	97
“Ponerse en camino”	99

III. Los Capellanes Castrenses en acción 103

Mensaje del Santo Padre Francisco para la Celebración de la 54 Jornada Mundial de la Paz.....	113
--	-----

CARTA PASTORAL

UNA ENCÍCLICA EN LA PANDEMIA
“GUERRA Y FRATERNIDAD”



Introducción: *Hermanos todos.*

El Papa Francisco en la fiesta de San Francisco de Asís, firmó la encíclica *Fratelli Tutti (FT)*. Esta Carta, junto con *Laudato sí*¹ de hace cinco años, representan las dos caras de la misma moneda: *el amor* como ceñidor de la unidad entre la naturaleza y la humanidad (cf. Col 3,12-17). Esto sucedía cuando la humanidad sufría los inicios de una segunda oleada del Covid-19 que tantos enfermos y muertos sigue causando. El escenario de la firma, su recepción, lectura y meditación de su largo contenido, ha traído un aire purificador de esperanza frente a los aires contaminantes del coronavirus.

El Arzobispado Castrense de España, como Iglesia particular, hace suya las enseñanzas de la encíclica, la acoge con espíritu de fe y comunión. De esta manera, nos unimos al empeño del Obispo de Roma de promover la causa de la paz y la justicia en todo el mundo, como exigencia de la predicación de la *Alegría del Evangelio* de Jesucristo, “Príncipe de la paz”.

La reflexión que ofrecemos es desde una perspectiva castrense. No ignoramos los otros temas que toca la encíclica, pero no son objeto de este escrito. Solo exponemos aquellos puntos relacionados con la realidad pastoral en las Fuerzas Armadas y Cuerpos de Seguridad del Estado. Lo hacemos desde nuestro ministerio de paz entre las armas (*ministerium pacis inter arma*). Estamos convencidos de que como dice el Papa: “Si se quiere un verdadero desarrollo humano integral

¹ En su momento publicamos una carta pastoral sobre esta encíclica: *La creación: “casa común para la paz”*, Arzobispado Castrense de España 2015.

para todos, se debe continuar incansablemente con la tarea de evitar la guerra entre las naciones y los pueblos” (FT 257).

Los militares no son “señores de la guerra”, sino “centinelas de la paz”. Todo ciudadano y gobernante está obligado a evitar la guerra, conflictos armados, acciones terroristas, rechazar las manifestaciones de odio y los hechos que pongan en peligro la convivencia social, como demostraciones del principio natural de la legítima defensa de las personas y de los pueblos². Igualmente, los capellanes castrenses por su misión de acompañamiento espiritual a los militares, guardias civiles, policías y a sus familiares, deben contribuir a reducir los sufrimientos que conlleva esa forma de vida de servir a la patria y a la humanidad. Sobre todo, en los tiempos de conflictos y ahora en los nuevos escenarios bélicos, donde parece vivirse “una guerra mundial a pedazos” y un olvido de los Derechos fundamentales del hombre (FT 259)³.

I.I La arquitectura de Fratelli Tutti.

Esta encíclica tiene como pórtico o antesala el documento: *Fraternidad humana. Por la paz mundial y la convivencia común*, firmado el pasado año en Abu Dabi (2019). Francisco, siguiendo el sendero espiritual del *Poverello de Assis* se encontró con el Gran Imán Ahmad Al-Tayyeb para declarar conjuntamente que: “Las religiones

² Cf. Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 79; *Catecismo de la Iglesia Católica* 2309.

³ Cf. Carta pastoral, *El capellán militar y los derechos humanos*, Arzobispado Castrense de España 2019.

no incitan a la guerra y no instan a sentimientos de odio, hostilidad, extremismo, ni invitan a la violencia o derramamiento de sangre”. Es claro pues, que la figura de san Francisco de Asís: “ha motivado estas páginas” (FT 285), por su amor a la naturaleza, su cercanía a los pobres y sus anhelos de paz universal.

Por lo tanto, el tema central del documento pontificio versará sobre *la fraternidad y la amistad social* leitmotiv de su mensaje que: “permite reconocer, valorar y amar cada persona más allá de la cercanía física, más allá del lugar del universo donde haya nacido o donde habite” (FT 1). También serán fuentes de inspiración la vida y obra del beato Carlos de Foucauld y otros personajes pertenecientes a diversas religiones: “Martín Luther King, Desmond Tutu, el Mahatma Mohandas Gandhi y muchos más...” (FT 286). Por eso mismo, es un escrito que va dirigido a todos los hombres y mujeres que la quieran acoger: “Lo escribí desde mis convicciones cristianas, que me alimentan y me nutren, he procurado hacerlo de tal manera que la reflexión se abra al diálogo con todas las personas de buena voluntad” (FT 6).

Los antecedentes temáticos de esta nueva carta los podemos encontrar en muchas de sus intervenciones y homilías, pero, sobre todo, de manera muy manifiesta, en los *Mensajes para las Jornadas Mundiales de la Paz*. Ya en su primer mensaje en 2014 se produce un cambio de estilo. El tema de la paz es abordado desde una perspectiva más social y popular propio del papa argentino: “En este mi primer Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, quisiera desear a todos, a las personas y a los pueblos, una vida llena de alegría y de esperanza. El corazón de todo hombre y de toda mujer alberga en su interior el deseo de una vida plena, de la que forma parte un anhelo indeleble de

fraternidad, que nos invita a la comunión con los otros, en los que encontramos no enemigos o contrincantes, sino hermanos a los que acoger y querer”. En todos estos mensajes, como en el cuantioso magisterio de Francisco, brillan los principios básicos del humanismo cristiano: *Dios Creador, la dignidad de la persona y el prójimo como hermano*.

La presente encíclica está escrita en un lenguaje propio “bergoliano” que se caracteriza por ser asequible, social, directo, pastoral, repleto de metáforas y dichos tomados de la vida misma, de la literatura y de la espiritualidad. No es un tratado sistemático sobre el amor fraterno, sino una invitación a recuperar una ética natural donde nos encontremos creyentes y no creyentes, por encima de razas, religiones y culturas. De ahí, su marcado acento interreligioso y su carácter universal como queda reflejado en sus largos ocho capítulos y los 287 puntos que la conforman. Estamos ante un documento de carácter eminentemente social, abierta a todo lo bueno que podamos encontrar en el otro y que se aleja de la estructura habitual de los escritos sociales de otros Papas. Lo dice muy claramente al inicio: “Las siguientes paginas no pretenden resumir la doctrina sobre el amor fraterno, sino detenerse en su dimensión universal, en su apertura a todos” (FT 6).

Esta carta encíclica es como un vademécum al pensamiento social del Papa Francisco. El lector encontrará una sucesión de temas variados que va desde: la pandemia, la guerra, las sanciones legales, la especulación financiera, los muros entre las personas, el nacionalismo, el populismo, la pena de muerte, la Shoah, la ONU, la política, el anverso y el reverso de las religiones, y un largo etcétera... Intentará iluminar las cicatrices de la civilización moderna y ofrecerá trazos de

soluciones, desde el principio clave de: “la inalienable dignidad humana”, que necesariamente reclama: “Tierra, Techo, Trabajo” y que es el único camino para una paz real y duradera, que sólo es posible desde una ética global de solidaridad (*FT 127*).

I.II. Tiempos calamitosos.

Esta Carta de Francisco tiene su aparición en un periodo en que toda la humanidad sufre la pandemia del Covid-19, que ha dejado al descubierto el fracaso del sistema de vida llevado hasta este momento, que como dice el filósofo J. Gomá: “Había cultivado la creencia de que la especie humana es una historia de éxito. Suponíamos estar cerca de la inmortalidad”⁴. De ahí, que el Papa muy realísticamente nos diga que debemos: “Repensar nuestro modo de vida, relaciones, organizaciones de nuestras sociedades y sobre todo de nuestra existencia” (*FT 42*). Esta situación calamitosa replantea muchos temas: lo vulnerable que somos los seres humanos, de cómo sostener la “casa común” y de la necesidad de un mundo más abierto e interrelacionado, ya que hay una existencia común fundante: ¡Somos hermanos porque tenemos una carne común, convivimos en el mismo planeta y participamos como pueblo de una misma historia!

Un simple virus invisible ha puesto en máximo peligro a la sociedad mundial cuando gran parte de ella “vivía un ensueño de esplendor y grandeza”. La ciencia biológica y la medicina, pese a tener muchos remedios y vacunas, se ha encontrado desarmada frente al

⁴ P. G. Cuartango, *Entrevista a Javier Gomá*, ABC 13.10.2020, p.12-13.

misterioso virus mortífero. Así, la falta de certezas en una realidad mutante hace que por ahora no se controle la enfermedad. Todo depende bastante del sistema médico-sanitario de cada país, de la buena o mala gestión de la crisis que hagan los gobernantes de turno, de la responsabilidad ciudadana en cada comunidad y colectividad y que la aparición de nuevas vacunas sea efectiva y lleguen a todos los ciudadanos.

El coronavirus no solo daña la salud de la población, sino que también tiene funestas secuelas en lo económico, social, institucional, psicológico y espiritual: “Esta tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades (...) con la tempestad se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa bendita pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos”(FT 32).

El Papa Francisco, en estos momentos de tragedia mundial, nos ofrece una antropología relacional e histórica, ya que este duro golpe del coronavirus nos está obligando a una mayor toma de conciencia de que no somos “mónadas cerradas”, sino seres interdependientes que nos necesitamos unos a otros, que estamos en la misma barca, donde el mal de uno perjudica a todos: “Recordemos que nadie se salva solo, que únicamente es posible salvarse juntos” (FT 32). Como diría al comienzo de la pandemia el documento de la Pontificia Academia de la Vida: “Resulta palpable lo estrechamente conectados que estamos todos: de hecho, en nuestra exposición a la vulnerabilidad somos más interdependientes que en nuestro aparato de eficiencia. El contagio se

extiende muy rápidamente de un país a otro; lo que le sucede a alguien se convierte en algo decisivo para todos”⁵

Hay que retener en la mente y en el corazón la conciencia de los propios límites, que tan patentemente se está poniendo de manifiesto con los sufrimientos y muertes del Covid-19. No debemos olvidar las lecciones que cada día recibimos, aprendamos a valorar a los “otros”, la necesidad que tenemos de ayudarnos mutuamente saliendo de nosotros mismos, buscando al hermano caído y construir un “nosotros”: “Ojalá que tanto dolor no sea inútil, que demos un salto hacia una forma nueva de vida...para que la humanidad renazca con todos los rostros, todas las manos y todas las voces, más allá de las fronteras que hemos creado” (FT 35).

En las tinieblas de una humanidad lacerada, ha habido un despertar de la solidaridad a niveles personales y colectivos. Ha sido como una luz en medio de tanto desaliento causado por la maligna enfermedad. Para subsanar la carencia de los poderes públicos hemos visto surgir gran cantidad de actos e iniciativas solidarias que son signos de que todavía queda un rescoldo de amor en el “alma” de la sociedad. Porque como dice el Papa: “Dios sigue derramando en la humanidad semillas de bien... En la reciente pandemia...fuimos capaces de reconocer cómo nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes que, sin lugar a dudas, escribieron los acontecimientos decisivos de nuestra historia compartida: médicos, enfermeros y enfermeras, farmacéuticos, empleados de los supermercados, personal de limpieza, cuidadores, transportistas,

⁵ Pontificia Academia de la Vida, *Pandemia y Fraternidad Universal, Nota sobre la emergencia Covid-19*, Roma 30.3.2020.

hombres y mujeres que trabajan para proporcionar servicios esenciales y seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas... comprendieron que nadie se salva solo” (FT 54).

El mundo castrense español ha respondido ante el Covid-19 con rapidez, eficacia y profesionalidad. Militares y capellanes han trabajado juntos desde que se puso en marcha en marzo la *Operación Balmis* y luego en la segunda oleada del virus con la *Misión Baluarte*. Es una “guerra nueva” donde todos somos soldados y hay que ganarla “batalla a batalla”, porque está en juego la salud del compatriota y peligra el futuro del país y de la propia humanidad. Los “artesanos de la paz” que son nuestros militares, se han adentrado en el dolor y mortandad que está suponiendo esta epidemia global que padecemos. Una vez más, se ha hecho realidad aquella hermosa definición del militar que nos dejó el escritor y dramaturgo español Pedro Calderón de la Barca: “la milicia no es más que una religión de hombres honrados”.

I.III. El prójimo sin fronteras.

La encíclica acerca de *la fraternidad universal y la amistad social* tiene como eje la parábola del buen samaritano (Lc 10,25-37). En este pasaje se encuentran representadas dos tipos de culturas que luchan entre sí en el mundo: el *individualismo-egoísta* que ignora al herido al borde del camino de la vida y la *cultura del encuentro*, personificado en el samaritano, que representa a Cristo, que acoge al extraño como un hermano y lo sana: “Nos enfrentamos cada día a la

opción de ser buenos samaritanos o indiferentes viajeros que pasan de largo” (FT 69).

El pasaje evangélico parte de un diálogo de Jesús con un perito de la ley sobre cómo alcanzar la vida eterna. El Señor, conocedor de sus intenciones, lo remite al Deuteronomio 6,4-5, pero el letrado plantea de nuevo otra pregunta: ¿quién es mi prójimo? en la que subyace la gran cuestión del Génesis (4,9): “¿Dónde está tu hermano Abel?”. Estas interpelaciones eran asuntos muy discutidos entre los doctores de la Ley: los fariseos se inclinaban a excluir de este amor a los que no eran fariseos; los esenios exigían incluso odiar a los “hijos de las tinieblas”, y una concepción popular excluía de ese amor al enemigo personal (cf. FT 59-62). Jesús no entra en una polémica “anticlerical”, ni responde remitiéndolo nuevamente al Antiguo Testamento, sino que le expone una parábola cuya trama podía estar basada en acontecimientos reales conocidos por todos.

El escenario es la bajada de Jerusalén a Jericó, que se prestaba a todo tipo de asaltos, en uno de los cuales un viajero samaritano, enemigo de los judíos, se encuentra con una víctima. El evangelista no dice quién era el que padeció el atropello; sólo quiere resaltar cómo los servidores oficiales de Dios fallan en la atención que requería el herido. En cambio, el odiado samaritano cumple con el deber de socorrerlo: “Fue capaz de dejar todo a un lado ante el herido, y sin conocerlo lo consideró digno de dedicarle su tiempo” (FT 63).

A este respecto, el benedictino Alfons Kemmer, hace una interpretación muy interesante de la parábola que va en consonancia con lo que expone el Papa en el capítulo segundo de la encíclica: “El hombre asaltado por los ladrones es Adán o toda la humanidad, que,

por el pecado, cae bajo el dominio de Satanás. El sacerdote y el levita significan distintas jerarquías de la historia veterotestamentaria. Ese samaritano es Jesús; Él unta al hombre que está medio muerto con aceite y vino, es decir, le sana mediante los sacramentos y lo lleva a la posada, que es la Iglesia; se lo deja al cuidado del posadero, a saber, el que tiene cura de alma. Antes de marcharse (Ascensión), da al posadero dos denarios, el Antiguo y el Nuevo Testamento, y promete volver en la parusía al fin del mundo”⁶. Esta realidad se da en la historia personal y colectiva de la humanidad: “Todos tenemos algo de herido, algo de salteador, algo de los que pasan de largo y algo del buen samaritano...La inclusión o la exclusión de la persona que sufre al costado del camino define todos los proyectos económicos, políticos, sociales y religiosos” (FT 69).

A la luz de la parábola y partiendo de la dinámica misma del amor activo, el prójimo no es cualquier hombre, sino aquél a quien de hecho nos acercamos con amor: “Entonces, ya no digo que tengo “prójimos” a quienes debo ayudar, sino que me siento llamado a volverme yo un prójimo con los otros” (FT 81). Nadie es mi prójimo, si yo no me acerco a él, pero no solo debo acercarme al compatriota, sino a todo hombre, sin límite de raza ni religión. El samaritano superó “todas las barreras culturales e históricas de su tiempo”. El amor al prójimo no tiene fronteras (cf. FT 80-83).

Pero en verdad ¿Quién es mi prójimo dentro de esa universalidad? Pues el prójimo no es quien más lo merece, sino quien

⁶ A. Kemmer, *Les hablaba en parábolas. Cómo leerlas y entenderlas*, Santander 1982, p.81.

más necesita de mí, así lo percibió el samaritano que: “Se detuvo, le regaló su cercanía, lo curó con sus propias manos, puso también dinero de su bolsillo y se ocupó de él” (FT 63). Tampoco es prójimo solo las personas que nosotros escogemos por simpatía u otros intereses, sino aquellos que la Providencia ha colocado en nuestro camino. Por eso mismo: “Hay dos tipos de personas: las que se hacen cargo del dolor y las que pasan de largo; las que se inclinan reconociendo al caído y las que distraen su mirada y aceleran el paso. En efecto, nuestras múltiples máscaras, nuestras etiquetas y nuestros disfraces se caen: es la hora de la verdad. ¿Nos inclinaremos para tocar y curar las heridas de los otros? ¿Nos inclinaremos para cargarnos al hombro unos a otros? Este es el desafío presente, al que no hemos de tenerle miedo. En los momentos de crisis, la opción se vuelve acuciante: podríamos decir que, en este momento, todo el que no es salteador o todo el que no pasa de largo, o bien está herido o está poniendo sobre sus hombros a algún herido” (FT 70). Por tanto, el prójimo no es sólo las personas que amamos, a las que de hecho nos encontramos próximos; es todo hombre a quien hemos de aproximarnos como el “samaritano se hizo prójimo del judío herido” (FT 81).

Es verdad que hay muchas personas que actúan éticamente en favor de los necesitados por simple filantropía, pero quizás ellos sin saberlo no están lejos de Dios. Sin embargo: “Para los cristianos, las palabras de Jesús tienen también otra dimensión trascendente; implican reconocer al mismo Cristo en cada hermano abandonado o excluido (cf. *Mt* 25,40.45). En realidad, la fe colma de motivaciones inauditas el reconocimiento del otro, porque quien cree, puede llegar a reconocer que Dios ama a cada ser humano con un amor infinito y que “con ello le confiere una dignidad infinita”. A esto se agrega que creemos que Cristo derramó su sangre por todos y cada uno, por lo

cual nadie queda fuera de su amor universal. Y si vamos a la fuente última, que es la vida íntima de Dios, nos encontramos con una comunidad de tres Personas, origen y modelo perfecto de toda vida en común” (FT 85). Con esta síntesis teológica, el Papa Francisco nos muestra los fundamentos cristianos de *la fraternidad y la amistad social*, que en la parábola del samaritano encuentra el paradigma de la ética del compromiso con los más desfavorecidos. En palabras de Josep Otón decimos: “Desde los excluidos, Dios nos interpela para que salgamos de nuestros egoísmos a fin de abrírnos a los demás”⁷.

I.IV. La injusticia de la guerra.

El anhelo del hombre es vivir en una sociedad fraterna, donde se destierre para siempre la amenaza de la guerra y reine la paz como fruto de la justicia (Is 32,17). El Papa en *Fratelli Tutti* en el capítulo séptimo aborda el tema de la guerra, no como un “fantasma del pasado”, sino como una “amenaza constante” que supone la privación de todos los derechos y la agresión al medio ambiente⁸. Es evidente pues, que la negación de la *fraternidad y de la amistad social* es la guerra, que en la actualidad se hace presente en tantas partes del mundo y con diversos rostros. En las últimas dos décadas se han registrado más de 122 conflictos armados en todo el planeta: “estamos viviendo una guerra mundial en pedazos”.

⁷ Josep Otón, *Tabor, El Dios oculto en la experiencia*, Santander 2020, p.181.

⁸ Carta pastoral, *La creación: “casa común para la paz”*, Arzobispado Castrense de España 2015. p. 17-25.

Además, la carrera de armamentos es una constante amenaza para la paz de las naciones y del planeta: “La cuestión es que, a partir del desarrollo de las armas nucleares, químicas y biológicas, y de las enormes y crecientes posibilidades que brindan las nuevas tecnologías, se dio a la guerra un poder destructivo fuera de control que afecta a muchos civiles inocentes. Es verdad que “nunca la humanidad tuvo tanto poder sobre sí misma y nada garantiza que vaya a utilizarlo bien” (FT 258). De ahí que, para el Obispo de Roma la eliminación total de las armas nucleares es un “imperativo moral y humanitario”. Incluso sugiere algo extremadamente difícil, pero sugerente, que se dediquen: “los fondos destinados a los armamentos a crear un fondo mundial para eliminar el hambre” (FT 262).

Francisco habla con relación al panorama bélico mundial en el siglo XXI y los desafíos que tiene la paz mundial en estos momentos. Estamos ante un concepto de guerra muy distinto a los que se plantearon en otras épocas de la historia, los parámetros son muy diversos. Por eso mismo, no es de extrañar la contundencia del Papa cuando habla del tema clásico de la “guerra justa”⁹: “Ante esta realidad, hoy es muy difícil sostener los criterios racionales madurados en otros siglos para hablar de una posible “guerra justa”. ¡Nunca más la guerra!” (FT 258). Como dice el jurista y filósofo Norberto Bobbio:

⁹ “La teoría de la guerra justa tiene sus fuentes, entre otras, en el pensamiento de San Agustín (s. IV-V), Santo Tomás de Aquino (s. XIII) y Francisco de Vitoria (s. XVI). Además de los tratadistas Domingo de Soto, Luis de Molina, Francisco Suárez y modernamente Carl Schmitt...Tienen como común denominador que la guerra ha de ser declarada por una autoridad legítima, que medie causa justa y que se dé recta intención de los contendientes...Desde la segunda guerra mundial los estados ya no declaran la guerra, pero ejercen la violencia para dirimir sus diferencias y por ello hoy no se habla de guerra sino de conflicto armado como desenlace, no deseado de la gestión de una crisis...” R. Gómez, *Ética y profesión militar. Material para la formación castrense*, Arzobispado Castrense de España, Madrid 2013, p.119.122.

“La guerra moderna se ubica fuera de todo criterio de legitimación y de legalización, más allá de todo principio de legitimidad y legalidad; es incontrolada e incontrolable por el derecho, como un terremoto o una tempestad...la guerra vuelve a ser...la antítesis del derecho”¹⁰.

Sin embargo, esto no debe ser entendido como si el Papa quisiera invalidar la contribución del pensamiento teológico-político de la “guerra justa” al Derecho Internacional Humanitario¹¹. No se trata nada de eso, no entra en ese debate. Lo que verdaderamente le preocupa es situarse en sintonía con la fidelidad histórica de la Iglesia que no vio la guerra con buenos ojos desde sus orígenes. Por eso mismo, desde un principio los cristianos intentaron frenar la barbarie: proponiendo treguas santas y tratados, instituyendo el derecho de asilo, predicando la misericordia con los vencidos, racionalizando las condiciones para el uso de la violencia. La causa milenaria de la Iglesia siempre ha sido, a pesar de los errores históricos, procurar la “paz y evitar la guerra”.

Esta preocupación fue abordada en el Concilio Vaticano II, perfectamente recogida en la Doctrina Social de la Iglesia y ha sido materia constante en el Magisterio pontificio de los últimos Papas¹². *Fratelli Tutti* entronca de manera original y propia con el “sentir de la

¹⁰ N. Bobbio, *El problema de la guerra y las vías de la paz*, Barcelona 2008, p.58-59.

¹¹ Téngase en cuenta que el Derecho Internacional Humanitario no busca ni la paz, ni la justicia, ni el equilibrio entre Estados, para eso estaría el *ius ad bellum* y el *ius pacis* de las Naciones Unidas y el *ius criminis belli* de la Corte Penal Internacional. De hecho, el DIH obliga a su cumplimiento tanto al agresor como al que se defiende.

¹² Cf. Carta pastoral, *La cultura de la paz*, Arzobispado Castrense de España, 2016, Madrid 2013, p.1123. Ver *Catecismo de la Iglesia Católica*, nnº. 2263-2365; 2307-2017.

Iglesia”, que, ante el potencial destructivo actual bélico, nos alerta de los abusos de las falsas justificaciones de las llamadas “guerras justas”: “Así es como fácilmente se opta por la guerra detrás de todo tipo de excusas supuestamente humanitarias, defensivas o preventivas, acudiendo incluso a la manipulación de la información. De hecho, en las últimas décadas todas las guerras han sido pretendidamente “justificadas”. El *Catecismo de la Iglesia Católica* habla de la posibilidad de una legítima *defensa* mediante la fuerza militar, que supone demostrar que se den algunas “condiciones rigurosas de legitimidad moral”. Pero fácilmente se cae en una interpretación demasiado amplia de este posible derecho. Así se quieren justificar indebidamente aun ataques “preventivos” o acciones bélicas que difícilmente no entrañen “males y desórdenes más graves que el mal que se pretende eliminar” (FT 258).

La aparición de la guerra moderna y un posible cataclismo por el uso de las armas termonucleares hace que la larga tradición de teorías sobre la guerra justa resulte hoy obsoleta. Porque en una guerra de ese tipo, la aplicación rigurosa del principio de igualdad entre delito y castigo llevaría, en última instancia al suicidio universal¹³. Toda guerra deja al mundo peor que como lo había encontrado. Hay que evitarla por todos los medios, porque es un fracaso de la política, de la propia humanidad que claudica frente a las fuerzas del mal (FT 261).

¹³ “Todo esto nos obliga a hacer un examen de la guerra con mentalidad totalmente nueva... convézanse los hombres de que la carrera de armamentos, a la que acuden tantas naciones, no es el camino seguro para conservar firmemente la paz... la carrera de armamentos es la plaga más grave de la humanidad, y perjudica a los pobres de manera intolerable...” Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, nnº. 79-82.

Junto a la injusticia de la guerra, plantea la violencia innecesaria de la existencia de la “pena de muerte”, que es otra manera de hacer desaparecer al hermano. Siguiendo la línea de san Juan Pablo II será tajante en su condena: “Hoy decimos con claridad que la pena de muerte es inadmisibile y la Iglesia se compromete con determinación para proponer que sea abolida en todo el mundo” (*FT 263*). La solidez de su postura la fundamenta haciendo un recorrido por el Nuevo Testamento (*FT 264*), de cómo desde los primeros siglos de la Iglesia algunos se manifestaron claramente contrarios a la pena capital (*FT 265*) y aterrizando en la sociedad actual dirá: “Quiero remarcar que es imposible imaginar que hoy los Estados no puedan disponer de otro medio que no sea la pena capital para defender la vida de otras personas del agresor. Particular gravedad tienen las así llamadas ejecuciones extrajudiciales o extralegales, que “son homicidios deliberados cometidos por algunos Estados o por sus agentes, que a menudo se hacen pasar como enfrentamientos con delincuentes o son presentados como consecuencias no deseadas del uso razonable, necesario y proporcional de la fuerza para hacer aplicar la ley” (*FT 267*).

La pena de muerte es inadecuada en el ámbito moral y ya no es necesaria en el ámbito penal. ¡Es injusta! La Iglesia en este siglo XXI, pide que sea abolida en todos los países de la tierra. La cadena perpetua es una pena de muerte oculta (*FT 268*). La explicación de este firme rechazo a toda forma manifiesta o encubierta de la pena de muerte se apoya en dos principios clarísimos: “la inalienable dignidad de todo ser humano”, que, aunque cueste trabajo admitirlo la sigue conservando el asesino más horrible que podamos imaginar: “Ya que, si no se lo niego al peor de los criminales, no se lo negaré a nadie, daré a todos la posibilidad de compartir conmigo este planeta a pesar de lo

que pueda separarnos” (FT 269). Y por otra parte, se encuentra el mensaje de Jesús de Nazaret que desde el mandamiento del amor nos pide amar a nuestros enemigos (cf. Mt 5,43-48) y rechazar toda violencia o intolerancia. El mismo Cristo condenó abiertamente el uso de la fuerza para imponerse a los demás: “¡Vuelve tu espada a su lugar! Pues todos los que empuñan espada, a espada morirán (Mt 26,52). Era un eco de aquella antigua advertencia: “Pediré cuentas al ser humano por la vida de su hermano. Quien derrame sangre humana, su sangre será derramada por otro ser humano” (Gn 9,5-6). Esta reacción del Señor brotó de su corazón, supera la distancia de los siglos y llega hasta hoy como un constante reclamo” (FT 238 270). Sin embargo, algunos se preguntarán: ¿Qué hacemos con aquellos casos extremos de los delincuentes no rehabilitados, que pudieran ser un peligro permanente para la seguridad y la paz social?

La misión de los ejércitos ha sido y es la seguridad y defensa de la patria, de la nación. Los primeros que no desean los conflictos bélicos son los militares, porque ellos saben por experiencia la marca imborrable que dejan los enfrentamientos armados¹⁴. Los capellanes castrenses que los acompañan y asisten espiritualmente en medio de esas situaciones desastrosas: “Pueden contribuir a prevenir las violaciones del Derecho Humanitario, reduciendo el dolor y los

¹⁴ “Salvo en determinadas situaciones límite, como una injusta invasión o guerra ofensiva, la opinión pública, incluida la de los militares, está en principio a favor de la paz, porque la paz es, en cierto modo, el principal bien social”. R. Gómez, *Ética y profesión militar. Material para la formación castrense*, Arzobispado Castrense de España, Madrid 2013, p.139.

sufrimientos que la guerra provoca, desde luego en quién la sufre, pero también a quién combate en ella”¹⁵.

I.V. Fraternidad universal y la paz.

Francisco está convencido que la fraternidad es el mejor antídoto contra la guerra y la violencia. Ahora bien, es falso acusar a las religiones que sean el caldo de cultivo para enfrentamientos y beligerancias, más bien lo que se debe denunciar es la manipulación del Hecho Religioso por parte de los poderosos de turno en beneficio de sus intereses políticos, económicos y estratégicos. Porque como diría san Juan Pablo II: “El genuino sentimiento religioso es fuente inagotable de respeto mutuo y de armonía entre los pueblos; más aún, en él se encuentra el principal antídoto contra la violencia y los conflictos”¹⁶. En esta misma dirección se expresaba Francisco a su llegada a Cracovia: “No tenemos miedo de decir que el mundo está en guerra porque ha perdido la paz...Sí, hablo en serio de una guerra, de intereses, por dinero, por los recursos de la naturaleza, por el dominio de los pueblos. Pero no es una guerra de religiones, porque todas las religiones quieren la paz”¹⁷.

No estamos ante un Papa catastrofista, ni un idealista que esté fuera de la realidad. Él es un conocedor muy sensible de lo que está sucediendo en el mundo, de los grandes debates ideológicos, sociales,

¹⁵ Francisco, *Discurso a los participantes del IV Curso de Formación de Capellanes Castrenses en Derecho Internacional Comunitario*, Roma 26.10.2015.

¹⁶ *Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz* 2002.

¹⁷ *Jornada Mundial de la Juventud*, Cracovia 27.7.2016.

políticos, bélicos y humanitarios de esta sociedad globalizada: “Solos se corre el riesgo de tener espejismos, en los que ves lo que no hay; los sueños se construyen juntos. Soñemos como una única humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos” (FT 8). Su preocupación como Pastor Universal de la Iglesia es buscar un punto de convergencia donde se puedan encontrar hombres y mujeres de toda clase social, raza y religión por encima de muros y fronteras.

En continuidad con las enseñanzas de su predecesor san Juan XXIII que decía: “Buscar más lo que nos une que lo que nos divide”. Lo primero que nos une a todos los hombres es nuestra común naturaleza, que goza de “la propia dignidad de todo ser humano”, como principio básico fundamental para construir *la fraternidad universal y la amistad social*: “Cuando se respeta la dignidad del hombre, y sus derechos son reconocidos y tutelados, florece también la creatividad y el ingenio, y la personalidad humana puede desplegar sus múltiples iniciativas en favor del bien común” (FT 22). El segundo soporte de la fraternidad será el que deviene del pensamiento sobre el hombre que encontramos en las diversas religiones del mundo: “A partir de la valoración de cada persona humana como criatura llamada a ser hijo o hija de Dios, ofrecen un aporte valioso para la construcción de la fraternidad y para la defensa de la justicia en la sociedad... Los creyentes pensamos que, sin una apertura al Padre de todos, no habrá razones sólidas y estables para el llamado a la fraternidad. Estamos convencidos de que sólo con esta conciencia de hijos que no son huérfanos, podemos vivir en paz entre nosotros” (FT 271).

La razón, por sí sola no consigue fundar “hermandad universal”, es conveniente establecer el diálogo entre personas de distintas religiones para entablar la amistad necesaria para poder compartir valores y experiencias morales y espirituales en un espíritu de verdad y amor. Además, los creyentes de las distintas religiones “sabemos que hacer presente a Dios es un bien para nuestras sociedades... nos ayuda a reconocernos compañeros de camino, verdaderamente hermanos”. La religión es un bien social de los individuos y comunidades.

La Iglesia valora la acción de Dios en las demás religiones y no rechaza lo santo y verdadero que pueda ver en cada una de ellas. Sin embargo, no podemos ni debemos ocultar nuestra identidad cristiana y desde ella debemos trabajar por la fraternidad entre los hombres y pueblos como consecuencia de nuestra fe en Dios Creador y Redentor del mundo: “Otros beben de otras fuentes. Para nosotros, ese manantial de dignidad humana y de fraternidad está en el Evangelio de Jesucristo. De él surge “para el pensamiento cristiano y para la acción de la Iglesia el primado que se da a la relación, al encuentro con el misterio sagrado del otro, a la comunión universal con la humanidad entera como vocación de todos” (FT 277)¹⁸. Siguiendo un texto de san Pablo VI, *Ecclesiam suam*, dará un toque mariano al tema central de la encíclica: “Ella recibió ante la Cruz esta maternidad universal (cf. *Jn* 19,26) y está atenta no sólo a Jesús sino también “al resto de sus descendientes” (*Ap* 12,17). Ella, con el poder del Resucitado, quiere parir un mundo nuevo, donde todos seamos

¹⁸ Este mismo planteamiento teológico lo encontramos cuando habla de *solidaridad cristiana* en el Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz 2014.

hermanos, donde haya lugar para cada descartado de nuestras sociedades, donde resplandezcan la justicia y la paz” (*FT 278*).

Para la edificación de *la fraternidad universal y la amistad social*, es básico el respeto a la libertad religiosa que ampara los principios de la dimensión trascendente de la persona y la dimensión social de la religión: “Negar o limitar de manera arbitraria esa libertad, significa cultivar una visión reductiva de la persona humana, oscurecer el papel público de la religión; significa generar una sociedad injusta, que no se ajusta a la verdadera naturaleza de la persona; significa hacer imposible la afirmación de una paz auténtica y estable para toda la familia humana”¹⁹.

La Declaración Universal de los Derechos Humanos, en su artículo 18, se tutela la libertad religiosa como un derecho primario e inalienable de la persona; es “la libertad de las libertades”. Podemos afirmar pues, sin reticencias, que, sin libertad religiosa, no habrá paz en el mundo²⁰. No trae buenas consecuencias para la causa de la fraternidad y de la paz, querer expulsar a Dios de las conciencias y de la esfera pública, para entronizar ídolos que pisoteen la dignidad de la persona y violenten los derechos esenciales del ser humano y de los

¹⁹ Benedicto XVI, Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz 2011, *Libertad religiosa, camino para la paz*,

²⁰ La libertad religiosa es reconocida también en los artículos 18. 27 del Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos. De la misma forma lo hace la Convención de los Derechos del Niño, en su artículo 14 y el artículo 9 de la Convención Europea de los Derechos Humanos. La normativa española protege ampliamente la libertad religiosa, tanto en la práctica individual como colectiva, la misma Constitución Española tiene una valoración positiva del hecho religioso por parte de los poderes públicos, véase artículo 16,3. Además téngase presente a nivel de la Iglesia Católica la *Declaración sobre libertad religiosa*, del Concilio Vaticano II.

pueblos: “Ustedes saben bien a qué atrocidades puede conducir la privación de la libertad de conciencia y de la libertad religiosa, y cómo esa herida deja a la humanidad radicalmente empobrecida, privada de esperanza y de ideales” (FT 274).

En la actualidad, el diálogo interreligioso con la sociedad civil es el camino imprescindible para construir “puentes” que favorezcan al bien común de la sociedad y a vivir la “cultura del encuentro”: “Integrar a los diferentes es mucho más difícil y lento, aunque es la garantía de una paz real y sólida... ¡Armemos a nuestros hijos con las armas del diálogo! ¡Enseñémosles la buena batalla del encuentro!” (FT 217).

I.VI. Conclusión: Cómo superar las contiendas.

En estos momentos cruciales del Covid-19 y en un mundo que sufre “una guerra a pedazos”, la aparición de *Fratelli Tutti* es para la familia militar, una llamada urgente a evitar la guerra a todos los niveles. Los militares y capellanes como “centinelas” o “artesanos” de la paz, han de permanecer revestidos con las “armas” de los nobles valores castrenses que consolidan la misión de nuestros militares, guardias civiles y policías tanto en territorio español o en las lejanas misiones internacionales de paz: “En muchos lugares del mundo hacen falta caminos de paz que lleven a cicatrizar las heridas, se necesitan artesanos de paz dispuestos a generar procesos de sanación y de reencuentro con ingenio y audacia” (FT 225).

A la luz de esta encíclica estudiada desde la perspectiva de la pastoral castrense, los militares y sus pastores en tiempos de paz o de conflictos deben cimentar *la fraternidad y la amistad social* en estos pilares esenciales:

Primero, han de ayudar a superar las disputas, contiendas y problemas por medio de la reconciliación y acercamiento entre aquellos que litigian en asuntos cotidianos o belicosos. El Papa recomienda el *diálogo* y la búsqueda de entendimiento: “Algunos tratan de huir de la realidad refugiándose en mundos privados, y otros la enfrentan con violencia destructiva, pero entre la indiferencia egoísta y la protesta violenta, siempre hay una opción posible: el diálogo. El diálogo entre las generaciones, el diálogo en el pueblo, porque todos somos pueblo, la capacidad de dar y recibir, permaneciendo abiertos a la verdad. Un país crece cuando sus diversas riquezas culturales dialogan de manera constructiva” (FT 199).

Segundo, el cultivo de la *amabilidad* no es un detalle menor, sino facilita la búsqueda de consensos, abre caminos y evita la voladura de los puentes de entendimiento. Hay personas que lo hacen y se convierten en luz en medio de la oscuridad. El “ministerio de paz entre las armas” requiere palabras y gestos de amabilidad, como intento de aliviar las asperezas diarias y las que conllevan los grandes asuntos de la guerra: “La amabilidad es una liberación de la crueldad que a veces penetra las relaciones humanas, de la ansiedad que no nos deja pensar en los demás, de la urgencia distraída que ignora que los otros también tienen derecho a ser felices” (FT 224).

Tercero, ante las ofensas de los enemigos hay que fomentar el valor del *perdón*, libre y sincero, que siempre es necesario para alcanzar la paz y la justicia: “El perdón es precisamente lo que permite buscar la justicia sin caer en el círculo vicioso de la venganza ni en la injusticia del olvido” (FT 252). Además, se debe alejar cualquier atisbo de *odio o rencor*: “ese rencor que sólo me hará daño, es un pedazo de guerra que llevo dentro, es un fuego en el corazón, que hay que apagar para que no se convierta en un incendio” (FT 243).

Cuarto, los servidores de la “cultura de paz” han de afanarse en “la búsqueda de la *verdad* y apegarse a las verdades más fundamentales” (FT 207). De ahí, que se deba fomentar la verdad en la vida cotidiana y rechazar la mentira como contraria a la paz y la fraternidad. El relativismo es funesto para un mundo jerarquizado y disciplinado como es el militar, donde la tradición de los ejércitos, los valores morales y castrenses son el quicio que sostiene su vocación y profesión de defensa y seguridad de la nación.

Quinto, la milicia como cualquier otro colectivo humano no está libre de caer en la tentación de la rutina, el desaliento o el cansancio. Frente a este enemigo número uno de la fraternidad y la paz, hay que reaccionar con la renovación constante del *amor a la patria* y a la ciudadanía. El patriotismo, como efecto, pasión y devoción nutre el alma del soldado y lo impulsa a ser “vigilante de la paz” según el cometido de cada militar y capellán: “No hay punto final en la construcción de la paz social de un país, sino que es una tarea que no da tregua y que exige el compromiso de todos. Trabajo que nos pide no decaer en el esfuerzo por construir la unidad de la nación y, a pesar de los obstáculos, diferencias y distintos enfoques sobre la

manera de lograr la convivencia pacífica, persistir en la lucha para favorecer la cultura del encuentro” (FT 232).

Para finalizar, quedémonos con el mensaje de la oración del Papa Francisco:

Señor y Padre de la humanidad,
que creaste a todos los seres humanos con la misma dignidad,
infunde en nuestros corazones un espíritu fraternal.
Inspíranos un sueño de reencuentro, de diálogo, de justicia y de paz.
Impúlsanos a crear sociedades más sanas
y un mundo más digno,
sin hambre, sin pobreza, sin violencia, sin guerras.

Que nuestro corazón se abra
a todos los pueblos y naciones de la tierra,
para reconocer el bien y la belleza
que sembraste en cada uno,
para estrechar lazos de unidad, de proyectos comunes,
de esperanzas compartidas. Amén.

+Juan del Río Martín
Arzobispo Castrense de España

Madrid 8 de diciembre de 2020
Solemnidad de la Inmaculada
Concepción de Santa María Virgen
Patrona de España

DIARIO DE UN PASTOR EN LA COVID-19



Esta es una serie de artículos que el Arzobispo Castrense de España inició el 17 de marzo con el objetivo de llevar una palabra aliento y de esperanza a la ciudadanía, en un tiempo tan especial como es el vivido bajo la pandemia.

La publicación de todos ellos se hace para facilitar una visión de conjunto y dejar constancia de la sintonía del pastor castrense con los sufrimientos y avatares que están ocasionando estos tiempo calamitosos que estamos atravesando y que tan acertadamente lo ha descrito el Papa Francisco:” El dolor, la incertidumbre, el temor y la conciencia de los propios límites que despertó la pandemia, hacen resonar el llamado a repensar nuestros estilos de vida, nuestras relaciones, la organización de nuestras sociedades y sobre todo el sentido de nuestra existencia” (Fratelli Tutti 33).

Los artículos de Mons. Juan del Río ofrecen una visión humana y cristiana ante la desolación que azota a toda la población mundial, con especial incidencia en los pobres y los más vulnerables. Las lesiones del coronavirus no son solo físicas, sino que conlleva una devastadora crisis económica y una inestabilidad social. La pandemia ha provocado que estemos rodeados de términos médicos, de porcentajes, de estadísticas y de cifras que se han traducido para la población en angustia ante un hecho no conocido en generaciones. Que ha llegado, a la dramática situación de que muchas familias se han visto imposibilitadas a despedirse de sus seres queridos, sin el consuelo de un abrazo. Esa situación, es leitmotiv de los artículos que desde una preocupación pastoral desea ofrecer el consuelo de una

esperanza viva que ayude a superar la desconfianza, el desaliento y la depresión.

Estos escritos, aparecen dentro del contexto de la publicación anual de nuestro Arzobispado, con ocasión de la celebración de la Jornada Mundial de la Paz del 1 de enero. En él, se percibe claramente una unidad temática tanto en la carta pastoral del 2020, como en la recopilación de los artículos publicados al comienzo de la Covid-19, cuyos contenidos van desde: el coronavirus en España, el comportamiento de la ciudadanía, la valiosa actuación de los equipos médicos-sanitarios y de emergencias; así como las actuaciones de los hombres y mujeres de las Fuerzas Armadas y de los Cuerpos de Seguridad. Los cuales fueron movilizados para paliar las consecuencias de la calamidad en los diversos frentes, siempre acompañados y auxiliados por sus capellanes castrenses que también supieron implicarse en las misiones encomendadas. De esta manera, todos nos percatamos: “Que navegamos en una misma barca, donde el mal de uno perjudica a todos. Recordamos que nadie se salva solo, que únicamente es posible salvarse juntos” (Francisco, Fratelli Tutti 32).

SAN JOSE Y EL CORONAVIRUS

19 de marzo de 2020

Puede sorprender el título de la reflexión de hoy, pero la solemnidad, el Patriarca san José, el popular Día del Padre, no debe pasar desapercibido, aunque no tengamos las Fallas valencianas y otros festejos por el coronavirus. En estos tiempos necesitamos motivos para la esperanza y figuras que nos estimulen a seguir creyendo en el Dios de la Salud y la Vida.

Los cristianos creemos que Dios se hizo hombre por obra del Espíritu Santo en el seno virginal de María y tuvo como padre custodio al justo José, y le pusieron por nombre Jesús. En su peregrinar por este mundo vivió en el seno de una familia y tuvieron dificultades como nosotros. Transcurrió sus días en un pueblo llamado Nazaret, en una región de no muy buena fama como era la “Galilea de los gentiles”. Los evangelistas al hablar de la infancia del Mesías (Mt 1-2; Lc 1-2; 3, 23; Jn 1, 45; 6, 24) nos presentan a san José como el hombre bueno y justo que siempre estuvo al lado de su esposa María y solícito padre custodio de Jesús, el Hijo de Dios encarnado.

Ahora bien: ¿Qué palabra de aliento nos puede dar este personaje silencioso del Evangelio en la situación de horrible pandemia que estamos sufriendo? Lo primero que nos enseña es a saber acoger a las personas y acontecimientos inexplicables. A José le sucedió que de pronto se da cuenta de que la mujer con la que se iba a desposar estaba encinta. Lo más fácil para él era el repudio según la

ley judía, pero como era fiel creyente en Dios y bueno de corazón la tomó por esposa según le dijo el ángel del Señor. Su proceder fue silencioso y bondadoso, dos virtudes que necesitamos muchísimo en estos tiempos que corren. Gracias a la entrega de José a los designios de la Providencia, que como humano no entendía, hizo posible que nos llegará el Redentor, el cual “salvaría a su pueblo de sus pecados” (Mt 1,21). Como el justo José sepamos acoger con cariño a las personas que estén a nuestro alrededor y sobre todo a los enfermos y a los más indefensos.

Nuestro personaje no se quedó ahí, llegado el tiempo del alumbramiento del hijo de María, cuando no había posada para ellos (Lc 2,7), se las ingenió para encontrar un pesebre donde reclinar al recién nacido. También nosotros, en los actuales escenarios pandémicos debemos ser imaginativos cuando faltan material para los sanitarios y para otros agentes que lo necesitan.

Lo mismo vosotros padres, en estos largos y pesados días de confinamiento debéis ser pacientes silenciosos con todos, protectores del Herodes (Mt 2,13) de turno que es el Covid-19, ágiles en las decisiones cuando haya que salvar a un niño o a un vulnerable (cf. Mt 2, 13-23). Pero por favor, nunca perdáis la alegría y la sonrisa que tuvieron aquellos esposos María y José cuando tenían en sus brazos al que no cabía en los Cielos: a Jesús, Dios y Hombre verdadero, el Mesías, el Señor, Nuestro Salvador. Seguro que, si permanecéis siendo el alma de vuestros hogares en estos tiempos de tribulación, os visitaran los Magos (Mt 2,1-12) con los regalos de la salud de alma y de cuerpo, pero sobre todo con el mejor obsequio: ¡que la pandemia del coronavirus desaparezca de la faz de la tierra! ¡Ánimo y felicidades en el Día del Padre!

LA PRACTICA RELIGIOSA EN TIEMPOS PANDEMICOS

20 de marzo de 2020

Los cristianos españoles estábamos acostumbrados a tener el culto, las practicas espirituales y pastorales muy organizadas. Teniendo muchas facilidades para la recepción de los sacramentos y los ejercicios de piedad. De pronto, el panorama ha cambiado radicalmente por el coronavirus y el obligado confinamiento en nuestras casas.

¿Qué hacemos ahora? Pues ante todo tener claro que para un católico y también para numerosas personas de buena voluntad, salvar vidas humanas es un bien supremo que está por encima de cualquier práctica religiosa pública. Repasemos las Sagradas Escrituras, el Catecismo y recordemos lo que hicieron otros cristianos en situaciones límites o de persecución. Pero, sobre todo, no olvidemos que la fe cristiana va de dentro hacia fuera, se da en el corazón y se confirma en las buenas obras. ¿Por qué no comenzar a pensar que estos tiempos calamitosos es una oportunidad de gracia para tener un cristianismo más interior y menos de fachada?

La hora presente es como de destierro, que dará muy buenos frutos de consolidación en lo esencial tanto en la fe como en la vida social. Algo parecido le sucedió al pueblo judío cuando fue deportado a Babilonia en el 587 a.c. La situación era tal, que el mismo profeta Daniel llego a decir: “En estos momentos no tenemos.... ni un sitio

donde ofrecerte primicias para alcanzar misericordia” (Dn 3,38). Ya no existía el templo, ni estaban en su tierra, no poseían nada donde apoyarse, pero la mayoría de ellos resistieron a la prueba porque tenían grabados en sus corazones los preceptos de la Alianza de Yahvé con su pueblo.

También nosotros los cristianos estamos marcados con la señal de la cruz de Cristo, que es la Nueva Alianza recibida por la gracia del Bautismo, que nos constituye en “hijos en el Hijo”, “adoradores en espíritu y en verdad”, donde nuestro templo, sacrificio y altar es solamente Jesucristo, Muerto y Resucitado, celebrado en cualquier momento y lugar, donde lo sagrado no está en las piedras visibles, sino en la persona humana que hemos de servir y querer como lo hizo el mismo Jesús de Nazaret.

Esta realidad única y salvadora lo han vivido muchos cristianos a lo largo de siglos, cuando han estado perseguidos, en guerras o probados por enfermedades y pestes de todos los tipos. Ellos oraron en el secreto de su corazón como dice el Evangelio (Mt 6,5-13) con las oraciones y medios que tenían. ¿Quién te impide a ti hoy en esta epidemia del Covid-19, hacer lo mismo y orar profundamente ante una pequeña imagen o estampa de tu devoción que te ayude a rezar? A pesar del confinamiento actual, somos privilegiados en muchos campos de la vida, si nos comparamos con cristianos de otros tiempos que vivieron situaciones parecidas, pero también con los hermanos nuestros de los países más pobres donde no tienen una buena sanidad, ni ha llegado con tanta fuerza el mundo digital.

Gracias a las nuevas tecnologías podemos rezar solos o en familia, la Liturgia de la Horas, el Santo Rosario, el Viacrucis,

etc...ver y sentir la Santa Misa por televisión o bien online. Pero claro, me dirán algunos que no pueden comulgar ni confesar. Recuerden que en la tradición de la Iglesia siempre ha habido el “bautismo de deseo”, “la comunión espiritual”, “el acto de arrepentimiento a Dios por nuestros pecados”. Sobre esto último, ha dicho el Papa Francisco esta mañana en la homilía de la Misa de Santa Marta: “Padre, ¿dónde puedo encontrar a un sacerdote, porque no puedo salir de casa?...Tú mismo te puedes acercar al perdón de tus pecados como nos enseña el catecismo con un acto de contrición bien hecho, nuestra alma se convertirá y será blanca como la nieve...prométele al Señor que luego te confesarás, pero habla pronto con Él y recibirás la gracia de Dios”.

Por favor, nuestros templos podrán estar más o menos cerrados por extrema necesidad sanitaria, pero nadie te impide que tu casa sea una Iglesia doméstica, que como padre de familia ejerzas tu sacerdocio bautismal, que tu corazón sea un sagrario donde tengas la gracia de Dios, que tus brazos repartan siempre obras de caridad y tus labios alaben al Señor y supliques a Dios Todopoderoso que nos libre de estos tiempos pandémicos.

LA IMPOTENCIA DE NO PODER ESTA AHÍ

23 de marzo de 2020

El título de la reflexión responde al sentimiento y expresión de un capellán militar, ante varias muertes por coronavirus que han sucedido este fin de semana en su Parroquia, algunos de los fallecidos eran estrechos colaboradores de Caritas Castrense. La normativa vigente para esos casos es estricta y la situación de pandemia la padecemos todos. Pero la caridad cristiana y el celo apostólico supera cualquier estado de impotencia.

Así pues, este sacerdote convirtió el móvil en un pulpito para que sus palabras de esperanza y consuelo llegasen a esos familiares que estaban destrozados. Como conocedor de las nuevas tecnologías, pronto realizó un video homenaje a los fallecidos, organizó vía internet el rezo del santo Rosario, la plegaria por los difuntos y ofreció la Santa Misa online que celebra todos los días. La imposibilidad física fue suplida por la creatividad pastoral y caritativa. A estas familias cristianas no le faltaron la cercanía de su párroco, ni de su obispo.

La actuación pastoral de este párroco es una humilde muestra de lo mucho que están haciendo sacerdotes, religiosos y laicos que de pronto han entrado con más o menos técnica y acierto, en las redes sociales para llevar una palabra de aliento a los abatidos, a los que están solos, a los que lloran la pérdida de sus seres queridos. La Iglesia en España no se ha ido de vacaciones.

Los pastores estamos en nuestros puestos y colaborando al máximo con la ciudadanía, ofreciendo lo que somos y tenemos. Caritas y otras asociaciones caritativas no han cerrado y siguen muy pendientes de los más vulnerables, sobre todo de los ancianos y los “sin techo”. Muchos conventos de clausura colaboran, no solo con el tesoro de sus oraciones por los infectados y difuntos, sino también haciendo mascarillas y otros materiales necesarios que se les piden y pueden hacer. No faltan los católicos anónimos que están atentos al “necesitado de la puerta de al lado”.

En este período de emergencia sanitaria, tiene que brillar la santidad samaritana, cada uno desde su vocación y desde el lugar en que se encuentre enclaustrado. Los cristianos debemos estar en primera línea de esta guerra contra el Covid-19 junto con los otros colectivos sociales; porque unidos, sirviendo a los que sufren, hacemos realidad que Dios es Padre de todos. Debemos ser fuertes con lo que se nos pueda venir encima, no bajar la guardia de la cercana caridad pastoral y por encima de todo, no desconfiemos de que el Señor es nuestro único Buen Pastor y “aunque caminemos por cañadas oscuras, nada temeremos porque su vara y cayado nos sosiegan” (Sal 22).

NUESTROS MILITARES: HÉROES COTIDIANOS

24 de marzo de 2020

Estaban a nuestro lado y no se hacían notar. En ocasiones, los nombres de algunos de ellos salían en los telediarios porque habían sido víctimas del terrorismo lejano o cercano. Pero ellos seguían ahí, preparándose para las misiones internacionales de paz o repartidos por la geografía nacional en sus cuarteles, bases, buques y establecimientos militares instruyéndose cada día en su oficio de defensores de la paz de España.

Ahora, cuando la sociedad afronta la muerte en un campo de batalla, silencioso y traidor por el enemigo del coronavirus, ahí están nuestros militares que junto con el personal médico-sanitario y tantas otras personas civiles, plantan cara a esta pandemia global, combatiendo calle a calle, las veinticuatro horas del día en más de ciento treinta ciudades españolas y con cerca de tres mil efectivos de momento. “En esta guerra todos somos soldados”, según declaró el Jefe de Estado Mayor de la Defensa (JEMAD).

Los militares, guardias civiles y policías son muy conocedores del rostro de la “hermana muerte”, que diría hace muchos siglos san Francisco de Asís. Al igual que nuestros médicos y personal sanitario, ser militar no es sólo una profesión, sino ante todo una vocación de servicio a sus conciudadanos. En el caso de la milicia, hay un juramento sagrado, bajo una Bandera que nunca se olvida y siempre se ama: defender a la Patria. Así, lo recoge nuestra Constitución

Española que se le asigna como misión: “garantizar la soberanía e independencia de España, defender su integridad territorial y el ordenamiento constitucional” (art 8).

La vida militar incluye unos valores y virtudes que no se improvisan y que deben practicarse en tiempos de paz, guerra o calamidades como la que nos está asolando. Esta preparación y formación es la que le capacita para poder desempeñar sus funciones de una manera eficaz y eficiente. Sin una espiritualidad y moral castrense no se sostiene un Ejército, y en ello juega un papel importante la cercanía y servicio de nuestros capellanes militares. Porque ser soldado, es todo un oficio que compromete la vida entera y que requiere ejercitarse cada día en el: adiestramiento, destreza, lealtad, fidelidad, creatividad, abnegación, sacrificio, disciplina, obediencia, justicia, valor, honor y patriotismo. Con razón diría el insigne escritor de las letras españolas y universales Pedro Calderón de la Barca que fue, militar, escritor, poeta, dramaturgo, caballero de la orden de Santiago y sacerdote: “la milicia no es más que una religión de hombres honrados”. Pues bien, estos son los hombres y mujeres que en estos momentos de angustia, dolor, enfermedad y muerte que atravesamos los españoles, están velando por nosotros con las únicas armas de la grandeza de sus corazones: “Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13).

Sin embargo, que nadie piense que los componentes de nuestras Fuerzas Armadas y Cuerpos de Seguridad del Estado son invencibles y no mortales. Ellos como cualquier ciudadano, tienen sus familias e inquietudes. También les asalta el miedo y la desazón con lo que está pasando y viéndolo en primera línea de combate. El virus del Covid-19 no hace distinción entre civiles, sanitarios o militares.

Ante este enemigo que esparce sus ofensivas por todos los sitios y su rostro se hace visible en los que están padeciendo la grave enfermedad a las puertas de la muerte; no caben medias tintas, moralinas egoístas o ideologías interesadas, sólo la responsabilidad solidaria, el espíritu de servicio, la serenidad de ánimo y la confianza en la victoria sobre esta calamidad. Así, “demostraremos que somos soldados cada uno en el lugar que nos ha tocado” (JEMAD).

SANITARIO ESPAÑOL... DE FRENTE ERGUIDO

26 de marzo de 2020

La sociedad española está siendo agradecida y por muchos medios llegan las alabanzas y felicitaciones a todo el personal sanitario, desde los médicos, supervisoras, enfermeras, auxiliares, farmacéuticos, celadores, personal de limpieza, voluntarios Me adhiero una vez más, al reconocimiento social de estos buenos profesionales que en medio de las dificultades y con las carencias de medios de que disponen, continúan en “primera línea de batalla”. Pero hoy quisiera traer a la consideración de los lectores, la importancia y el papel que está desempeñando la Sanidad Militar.

Si hay un apellido que, junto al Covid-19, nombre del mortífero virus que nos circunda, resuena estos días es Balmis. Es el nombre que elegido por el Ministerio de Defensa para referirse al complejo operativo desplegado en la lucha contra el viral enemigo. Un apellido, que, sin duda, habría pasado desapercibido para tantos españoles, de no ser por las lamentables circunstancias que estamos viviendo.

Y sin embargo Balmis es el apellido de aquel médico de nombre Javier que, junto con su colega Josep Salvany y la enfermera Isabel Zandal, realizaron una de las mayores hazañas humanitarias de la historia, con la extensión generalizada de la vacuna de la viruela por todo el continente americano.

Como aquel nombre, y sin duda otros muchos de médicos militares, incluyendo a los laureados Bertoloty y Ramírez, Muñoz Mateos y Montoya o Ruigómez Velasco, del Cuerpo Militar de Sanidad, pasarán desapercibidos cuando gracias a Dios acabe toda esta historia que ahora escribimos con lágrimas en los ojos.

Mientras tanto, y aun cuando con gozo recibirán los aplausos que la sociedad española les brinda cada uno de los oscuros atardeceres, seguirán trabajando con el orgullo y honor propio de los militares e irradiando los valores de los que se han alimentado a lo largo de su historia.

Hace unos días dedicaba unas palabras a todos los miembros de la Fuerzas Armadas y Cuerpos de Seguridad del Estado. Hoy, junto a ellos, tenemos también especialmente la oración y el agradecimiento a quienes, termómetro en mano, llaman a las puertas de hogares en riesgo y controlan la salud de tantos ancianos, sin más armadura que un uniforme en cuyo hombro reluce la bandera de España y en cuyo pecho brilla resplandeciente la Cruz de Malta.

Esa cruz que cada uno de nosotros ahora, en esta cuaresma especialmente penitencial, llevamos en silencio. Ese silencio abrumador con el que tantas veces nuestros sanitarios españoles han trabajado en tierra, mar e incluso en el aire. Es el mismo silencio con el que, renunciando a fama y dinero, han vivido la milicia como lo que es: su vocación, su sino, su casa.

Tampoco ellos saben vivir de otra manera, trabajando por nuestra salud, y por eso sólo puedo decir lo que la voz canta:

“¡sanitario adelante, te reclama una voz en la llama...sanitario,
humanitaria calma, calma el dolor del soldado español!

LA PIEDAD POPULAR EN EL CORONAVIRUS

27 de marzo de 2020

La modernidad ilustrada y de progreso siempre ha visto con recelo las manifestaciones de la religiosidad popular, como algo anticuado, símbolo de épocas pasadas, poco letrada ... Ahora, últimamente, se le da una categoría de “cultura popular”, pero silenciando los elementos religiosos. También algunos planteamientos pastorales han querido hacer un catolicismo racionalista y docto, lejos de los sentimientos y tradiciones del pueblo.

Por otra parte, el pasado 15 de marzo, vimos al Papa que, en plena pandemia del Covid-19, caminaba solitario por las calles de Roma para rezar y depositar un ramo de flores ante la Virgen *Salus Populi Romani*, protectora de Roma. Luego, siguió peregrinando hacia la Iglesia de San Marcello al Corso, para arrodillarse ante el Cristo milagroso que los romanos sacaron en procesión durante la peste de 1522. Francisco es todo un ejemplo de buen pastor, que siente y valora la piedad popular, que con estos gestos expresa lo que nos dijo en su Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*: “Se trata de una verdadera espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos. No está vacía de contenidos...Es una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia, y una forma de ser misioneros” (nº 124).

Ahora, en pleno siglo XXI, parecía que los avances científicos iban a solucionar los grandes males. Sin embargo, ocurre que una pandemia no prevista hace tambalear todo el proceso de globalización de nuestro mundo, en sus múltiples sectores. Se quiera reconocer o no, esto nos debería hacer menos autosuficientes, más humildes. Así podremos aclarar nuestras mentes para responder a los muchos interrogantes que nos planteamos los creyentes y hombres y mujeres de buena voluntad, que deseamos encontrar un sentido a lo que está pasando. Cuando vemos que los medios humanos están desbordados ante la virulencia del coronavirus, ¿Qué hacemos? ¿Tenemos que admitir que sólo nos queda la triste resignación?

¡No solamente de cosas materiales vivimos las personas! (cf. Mt 4,4). La fe en Dios no quita nada a las ciencias de la salud, pero puede ayudar mucho cuando nos estamos jugando la vida o la muerte. No despreciemos o infravaloremos la fe de los sencillos y sus expresiones de piedad porque consuelan, confortan, dan esperanza y crean fraternidad en las más variadas situaciones límites que ha podido vivir la humanidad. ¡Todas las ayudas son pocas en estos tiempos calamitosos!

La “mística popular”, a través las advocaciones populares de Cristo, la Virgen y los Santos, se convierten en intercesores de nuestra salud y bien morir. Así lo entiende nuestro pueblo, cuando rezan, hacen una promesa o encienden una lamparilla a la Patrona de su pueblo o al Cristo de su Cofradía. Ellos saben pasar del “amor a lo visible y llegar al amor de lo invisible” (2Cor 4,18). Esto nos lo ratifica el Papa cuando dice: “Pienso en la fe firme de esas madres al pie del lecho del hijo enfermo, que se aferran a un rosario, aunque no sepan hilvanar las proposiciones del Credo, o en tanta carga de esperanza

derramada en una vela que se enciende en un humilde hogar para pedir ayuda a María, o en esas miradas de amor entrañable al Cristo crucificado” (*EG* 125).

SOLOS EN LA SOLEDAD

30 de marzo de 2020

Me hablan estos días de la soledad en que están muriendo muchos enfermos del coronavirus donde la presencia de acompañantes es imposible. A eso se une, la imposibilidad material, legislativa y sanitaria para llevar los auxilios espirituales a los moribundos y enterrar a nuestros muertos con el decoro y sentido religioso que requiere la dignidad de la persona. Al aislamiento físico, se une el del espíritu, cumpliéndose aquella máxima: “no hay mayor soledad que aquellos que mueren solos”.

Sin embargo, también me llegan noticias de las “manos amigas” de médicos, enfermeros y sanitario que, disimulando su propia tristeza, sacan sus mejores sonrisas, para que por medio de su cercanía al enfermo se despidan de este mundo con lo mejor de nuestra humanidad:” Hacer feliz el último suspiro de la vida”. Nuestros profesionales de la salud muchas veces están haciendo de padre, madre, hijo, amigo.... ante los ojos que se apagan de los enfermos de Covid-19.

También me consta, como a donde no puede llegar un ministro ordenado, un sacerdote, muchos médicos y enfermeros cristianos ejercen su sacerdocio bautismal. ¿Cómo lo hacen? De muchas maneras, a veces con un relato de humor que producen pequeños momentos de regocijo, otras recordándoles al Señor Jesús, a la Virgen o los Santos conocidos y no faltará una invitación al enfermo a que confíe en la misericordia divina, haciendo el Acto de contrición y

rezando la Comunión espiritual. Todo un ministerio de amor y reconciliación que llena de contenido religiosos los últimos momentos de la vida del enfermo. Estamos convencidos que aquello que se hace y se dice con el corazón, toca a Dios y reconforta el alma del agonizante.

Ahora bien, no deberíamos olvidar un factor decisivo que es el misterio de la gracia divina que actúa en el alma de cada criatura que viene a este mundo y es acompañada por la “Comunión de los santos”. Benedicto XVI decía: “El hombre que cree en Dios no está solo, ni siquiera en la hora de muerte” (*Homilía* 13.9.2016). Cuando la “película de la vida” pasa por la mente del moribundo, por muy grande que hayan sido sus desaciertos, mayor es el empeño del Señor para que ese hijo suyo pueda entrar en “el paraíso”, sólo “basta una palabra y su alma quedará sana” (cf. *Lc* 23,4; *Mt* 8,8). Porque como dijo el Papa Francisco en su *Homilía* del pasado domingo Quinto de Cuaresma: “Jesús no puede mirar a la gente y no sentir compasión. Sus ojos miran con el corazón...es capaz de llorar... Pienso en tanta gente que llora: gente aislada, gente en cuarentena, los ancianos solos, personas hospitalizadas y personas en terapia, padres que ven que, como no reciben la paga, no podrán dar de comer a sus hijos. Mucha gente llora. Nosotros también, desde nuestro corazón, los acompañamos. Y no nos hará mal llorar un poco con el llanto del Señor por todo su pueblo” (29.3.2020).

DESCUBRIR A LOS VECINOS, RECUPERAR VIEJAS AMISTADES

01 de abril de 2020

La pandemia del Covid-19 que azota al mundo y en concreto a nuestro país, es horrible en todos los aspectos de la existencia. Hemos pasado del estrés de la vida ordinaria moderna, de la cual nos quejábamos de que no teníamos tiempo para la familia, los amigos... a un severo confinamiento en nuestras casas y con gran impedimento para completar las tareas que eran rutinarias hasta hace solamente dos semanas. De pronto, la realidad se reduce al hogar con los tuyos, a tratar más al vecino de al lado que ante apenas saludabas y llevar una comunicación por medio de los móviles y las redes sociales.

Curiosamente, en tan poco tiempo estamos descubriendo una nueva cara del vecindario y hasta te ha llamado aquel viejo amigo que se esfumo. Parece que esta situación del coronavirus nos está haciendo redescubrir muchos elementos positivos que teníamos olvidados. ¿Será verdad aquel viejo adagio: “de grandes males, grandes bienes”? Esta aparente contradicción entre la existencia del mal, la bondad divina y la capacidad de supervivencia del ser humano, plantea la toma de conciencia de recuperar el *Misterio*. Dicho en termino más coloquial, recobrar la “capacidad de sorpresa” que habíamos perdido por el pragmatismo positivista de la cultura materialista dominante.

El ser humano, por mucha ciencia que posea, no dominará nunca los secretos de la naturaleza. La prueba más evidente es la situación que estamos padeciendo ¿Por qué no se atisbó antes esta pandemia que nos ha llegado, tan global y en poco tiempo? ¿Qué ha fallado antes y que es lo que está fracasando ahora en detener este mal? Estos y otros interrogantes pensados y madurados en una reflexión sensata, nos lleva a la conclusión que, muchos pueden que se resistan, pero que no hay más salida que la expresada por san Pablo: “¡Que abismo de riqueza, de sabiduría y de conocimiento el de Dios! ¡Que insondable sus decisiones y que inescrutables sus caminos!” (Rom 11,33).

Todo esto, que no entendemos por qué está pasando, las situaciones límites que estamos viviendo, necesariamente conducen a un replanteamiento del sentido de la vida y la razón de Dios. Porque como diría en su momento Luckmann: “La estructura social se ha secularizado, el individuo no”.

Además, es tan intenso lo que se está viendo que no solamente nos lleva a las grandes cuestiones, sino también a modificar actitudes personales que reporten mayor humildad, sencillez de vida y una menor autosuficiencia cultural. Todo eso redundaría en un tipo de convivencia más sensible para ver al vecino con otros ojos, más libre de prejuicios. Tú mismo, te has sorprendido gratamente por el ofrecimiento y ayuda de algunos de ellos, con los cuales no habías hablado en mucho tiempo. También las acciones de distracción de las comunidades de vecinos que desde los balcones arrancan el júbilo de los pequeños y el gozo de los mayores. Sin olvidar la solidaridad vecinal con los más vulnerables. Todo ello, está demostrando que el individualismo feroz en que vivíamos era enfermizo.

Por último, qué decir de la cantidad de llamadas que efectúas interesándote por tanta gente con la que no hablabas hace tiempo y de esas otras que tu recibes llenas de cariño y amistad de gente cercana, pero también de lejanos familiares de los que apenas sabías. Todo eso pone en evidencia que “Es propio del amigo hacer el bien a los amigos, principalmente a aquellos que se encuentran más necesitados” (Tomás de Aquino).

EN DEFENSA DE LOS ANCIANOS

3 de abril de 2020

Cuando se ha cumplido el decimoquinto aniversario de la muerte de san Juan Pablo II, su *Carta sobre los Ancianos* (Roma 1999) es de máxima actualidad ante las voces de los representantes de la ética utilitarista de dejar a su suerte a los ancianos infectados por el virus del Covid-19. Ante ese descarte, traemos el reciente documento de la Pontificia Academia para la Vida, *Pandemia y Fraternidad Universal* (Roma 30.3.2020), que recoge el pensamiento de 163 académicos y científicos procedentes de los cinco continentes que forman dicha Institución. En dicho escrito se afirma con toda claridad:

“Las condiciones de emergencia en las que se encuentran muchos países pueden llegar a obligar a los médicos a tomar decisiones dramáticas y lacerantes para racionar los recursos limitados, que no están disponibles para todos al mismo tiempo... La edad no puede ser considerada como el único y automático criterio de elección, ya que, si fuera así, se podría caer en un comportamiento discriminatorio hacia los ancianos y los más frágiles...el racionamiento debe ser la última opción”.

La mentalidad hedonista y materialista del culto a lo joven y desecho de lo viejo, piensa que los ancianos son una gran carga para el Estado, ya que supone grandes gastos sanitarios, pensiones, residencias etc. Todo ello es una servidumbre que se debe aligerar para salvar la entronizada “sociedad del bienestar”, olvidando todo lo que

ellos contribuyeron a conquistar esos niveles de vida. Pero si algo ha puesto en evidencia esta pandemia del coronavirus, es precisamente el modelo de desarrollo económico y la desestabilización existencial que está causando.

A lo largo de la historia ha habido muchas guerras y hecatombes, viviéndose situaciones límite de escasez de medios de todo tipo. Sin embargo, la creatividad de los profesionales de la salud y de otros colectivos implicados han salvado muchas vidas: “Porque, en cualquier caso, nunca debemos abandonar al enfermo, incluso cuando no hay más tratamientos disponibles: los cuidados paliativos, el tratamiento del dolor y el acompañamiento son una necesidad que nunca hay que descuidar” (PFU).

La mayoría de la ciudadanía reconoce que una sociedad no puede subsistir sin la referencia a las personas mayores. Porque ellas son iguales, en dignidad y derechos, a cualquiera de nosotros, son testigos de una época y depositarios de la memoria colectiva. Representan un tesoro especialísimo, porque enseñan a las nuevas generaciones la “sabiduría de la vida”. Personifican la garantía del afecto y de la ternura que todo ser humano necesita dar y recibir. En África se dice que, cuando muere un anciano, “ha desaparecido una biblioteca”.

Es verdad que los abuelos, en esta espantosa epidemia, son personas altamente vulnerables, pero el sentido de protección de los estamentos gubernamentales a todos los niveles es grande, aunque haya sus deficiencias. La mayoría de las familias hace todo lo que puede y está a su alcance. La Iglesia Católica, con sus fieles, sacerdotes, religiosos y religiosas permanecen en la brecha de la

atención a la tercera edad y en las capellanías de los hospitales. Ahí están las instituciones samaritanas, como Caritas, con su programa para personas mayores, intensificado en estos tiempos calamitosos. También hay otros muchos colectivos solidarios que se las ingenian para arrimar el hombro en las residencias de ancianos, o bien para que no les falten los alimentos y la ayuda a los que se encuentran confinados en sus viviendas.

No podemos olvidar la sacrificada y comprometida labor que están llevando, en este sector de la población, nuestras Fuerzas Armadas y Cuerpos de Seguridad del Estado Español. Y todo esto se hace porque estamos convencidos de aquello que nos dice el Papa Francisco: “El anciano no es un extraterrestre. El anciano somos nosotros: dentro de poco, dentro de mucho, inevitablemente, aunque no pensemos en ello. Y, si no aprendemos a tratar bien a los ancianos, así nos tratarán a nosotros” (Roma 4.3.2015).

#SEMANASANTAENCASA

8 de abril de 2020

El coronavirus nos ha obligado a encláustranos en nuestros domicilios al final de la Cuaresma, con todo lo que supone de contrariedades y sacrificios. Pero esta situación de privación de movimientos tiene su lado positivo, una lectura sobrenatural que nos hace ver cómo Dios quiere llevar a su pueblo a una mayor profundización de la fragilidad de la existencia humana. Para ello, nos pide que entremos en las “bodegas interiores del alma”, donde se reviven sentimientos de experiencias vividas, de personas queridas, de ausencias lloradas y de incertidumbres ante el mañana. Nunca ha habido un tiempo con tantas oportunidades para vivir la espiritualidad y solidaridad, como el que estamos padeciendo.

La celebración del Triduo Pascual de este año con sus Oficios litúrgicos y manifestaciones de la piedad popular se pueden vivir perfectamente en casa. El Señor ha permitido con todo esto del Covid-19, pasar “del amor a lo visible, al amor de lo invisible”, perdemos en lo palpable, pero podemos ganar en interioridad.

No olvidemos, que somos privilegiados, si nos comparamos con lo que vivieron otras personas en épocas pasadas, en situaciones similares a las nuestras o aquellas que, en la actualidad, se encuentran en condiciones de pobreza y carestía de vida. Ahora, contamos con la ayuda valiosa de los medios de comunicación con sus retrasmisiones litúrgicas y reproducciones de nuestras procesiones y tradiciones. Tenemos también, el apoyo del abundante material religioso que las

redes sociales están ofreciendo y la creatividad audiovisual que están demostrando tantos pastores y laicos de la Iglesia para que podamos vivir esta “Semana Santa del corazón”. Nadie te impide convertir tu casa en la mejor Catedral del mundo donde “puedes orar en secreto a tu Padre celestial que lo ve todo” (*Mt 6,6*).

Nos situamos en la última cena del Señor (cf. *Jn 13,1-38; Mt 26,17-35*). No fue una noche más en el ritual de la cena Pascual para el judío Jesús de Nazaret y los suyos. Todo olía a despedida, el silencio es roto por el testamento del Maestro: “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros...” (*Jn 13,34-35*). El profeta de Galilea se salta el protocolo litúrgico tomando el sitio de los pequeños y lavando los pies a los comensales. El pan ácimo y la copa de bendición los identifica con su cuerpo y sangre destrozados horas después en el Calvario.

Los cristianos bebemos de aquella última cena Pascual en la que Jesús se quedó con nosotros en la Eucaristía hasta el final de los tiempos (cf. *Mt 26,17-35; Jn 13,1-18*). En la que nos dio un mandamiento nuevo: “que os améis unos a otros...” (*Jn 13,34-35*) como identidad y reconocimiento de que somos sus discípulos. Instituyó el ministerio sacerdotal como servidores de la comunidad. De igual manera que Él fue consagrado y enviado por el Padre al mundo, por ese “amor hasta el extremo” (*Jn 13,1*), dice el Papa Francisco: “Todo bautizado y bautizada es una misión. Quien ama se pone en movimiento, sale de sí mismo, es atraído y atrae, se da al otro y teje relaciones que generan vida. Para el amor de Dios nadie es inútil e insignificante. Cada uno de nosotros es una misión en el mundo porque es fruto del amor de Dios” (Roma 9.6. 2019).

El Jueves Santo es por excelencia el “Día del Amor Fraternal”. Jesús nos dijo: “los pobres siempre lo tendréis” (*Jn 12,8*), y mucho más en este momento de epidemia. Después que termine este prolongado estado de alarma veremos aumentado el paro y la aparición de nuevas pobreza. Sin embargo, la reclusión obligada en casa no debiera menguar la generosidad con los más necesitados, olvidando la colaboración y la ayuda económica necesaria en favor de *Caritas*. Ella representa el rostro samaritano de la Iglesia, que ha recibido el mandato de su Señor de socorrer, consolar y caminar junto a los más pobres. Porque como dijo Jesús: “el que acoge a uno de estos, los más pobres, me acoge a mí” (*Mt 25,31-46*).

La realidad de lo que está pasando es tan dura, que podemos decir que las tinieblas del Calvario cubren la humanidad actual y que toda ella esta experimentando un largo Viernes Santo de cuarentena y confinamiento. Los miles de contagiados, enfermos y muertos, evidencian, que como siempre, la pasión de Cristo personifica los sufrimientos y dolores de los hombres. Este año, la lectura de la Pasión y la Oraciones universales de la liturgia de esa tarde, tendrán el sabor de la intimidad familiar de la Iglesia doméstica. Ella como “cenáculo orante y solidario” implorará que por la conmemoración de la muerte de Jesucristo lleguemos pronto, todos juntos, a gozar de la salud de su Resurrección.

CONTAGIAR ESPERANZA

15 de abril de 2020

Larga y pesada se está haciendo la cuarentena del Covid19. Muchos son los infectados y caminamos en España hacia la cifra de los veinte mil muertos. Afloran tensiones en las casas, desaliento en las personas y el pánico hace sus estragos en la ciudadanía. Se valoran los esfuerzos de médicos, sanitarios, personal de residencias de mayores, policías, militares y demás componentes que se encuentran en primera línea de batalla contra el enemigo invisible de esta pandemia del coronavirus.

Es valiosa esa lucha mencionada de tantos colectivos y los esfuerzos para encontrar pronto una vacuna que cure y frene la propagación de este mal. Sin embargo, es necesario no olvidar en este tiempo de crisis global, que el ser humano es un espíritu encarnado en el mundo, que necesita del antiviral de la esperanza para frenar el desaliento espiritual, el pesimismo existencial y la arrogancia egoísta.

Por eso mismo, es vital suscitar razones para la confianza, que nos hagan sentir que la enfermedad y la muerte no pueden tener la última palabra de la historia. Porque si eso fuera así, tendríamos que aceptar el mito griego: la caja de Pandora se ha abierto y ha vertido sobre el mundo todos los males y enfermedades desconocidos para el hombre y que sólo los dioses nos han dejado la engañifa de la esperanza para que nos consolemos, porque al fin y al cabo nadie puede cambiar el destino, como diría el filósofo M. Heidegger somos “un ser-para-la-muerte”.

Sin embargo, nos resistimos a ese funesto planteamiento, porque hay en nosotros un anhelo de eternidad, felicidad y perfección que configuran las esperanzas humanas que tiene todo hombre que viene a este mundo. Ahora bien, la tradición judeocristiana lleva a la criatura a levantar sus ojos por encima de las esperanzas materiales que son caducas como ella. De modo que, desde nuestra libertad, voluntad y acción pongamos la confianza del corazón en Alguien que nos sobrepasa y nos acompaña (*homo viator*) hacia la plenitud eterna. Ese Ser supremo es el origen de la esperanza que nunca defrauda, por eso el creyente dirá una y otra vez: “Dios mío confío en ti...tú eres mi esperanza desde mi juventud...tú eres mi refugio y fortaleza donde me pongo a salvo...” (*Sal* 25; 28; 71; 119). Esta esperanza basada en la fe en Dios, no invalida las esperanzas humanas por efímera que sean, sino que bien conducida nos puede llevar al amor a Dios y a los hermanos.

Pero dice San Agustín que: “un gran médico bajó del cielo porque había un gran enfermo que curar: todo el mundo” (*Sermón* 175). El objeto de la esperanza cristiana no es otro que Cristo, Dios Humanado, Médico de nuestras almas y cuerpo, Aquel que pasó por todas las necesidades del hombre y venció a la misma muerte con su Resurrección. Por eso hemos cantado en la noche Pascual “¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!”.

Esta confianza en el gran Viviente produce: gozo frente a tristeza, seguridad ante desalientos, ilusión cuando llega la desesperación, vida eterna ante aquellos que nos condena al vacío. En esta situación de pandemia, nos exhorta el Papa Francisco a contagiarse de esperanza: “Que se trasmite de corazón a corazón, porque todo corazón humano espera esta Buena Noticia...No se trata de una

fórmula mágica que hace desaparecer los problemas. No, es eso la resurrección de Cristo, sino la victoria del amor sobre la raíz del mal, una victoria que no pasa por encima del sufrimiento y de la muerte, sino que los traspasa, abriendo un camino en el abismo, transformando el mal en bien, signo distintivo del poder de Dios” (Vaticano 12.4.2020). ¡Que nadie nos oculte o robe esta esperanza, que ningún poder de este mundo nos impida proclamar esta Esperanza que sana y salva al mundo!

EL ADIÓS DOLORIDO

20 de abril de 2020

La pandemia del coronavirus deja cada día miles de muertos, contagiados, enfermos y un mar de dolores en todos los sentidos. Uno de estos dramas que estamos viviendo es cómo fallecen nuestros seres queridos en la más absoluta soledad, con el añadido de no poder darle un entierro como se requiere entre los seres humanos. No hay un adiós más dolorido que no poder despedir de este mundo a la persona que has amado.

A toda la tragedia que estamos viendo, hay que añadir los heridos en el corazón y en los sentimientos por cómo han padecido el final de los suyos. La sanación de estos ciudadanos, víctimas también del Covid-19, pasa primeramente por un homenaje y reconocimiento social a todos los niveles de aquellos que han fallecidos, ya que no son meras cifras, sino personas que dieron lo mejor de sí por este país. Porque los signos son importantes en la existencia humana y sería una forma de reparar la doble soledad en la que han muerto. Esa llaga en el alma no se cicatriza con el ocultamiento de lo que es palpable, ni con justificaciones legales del momento. Porque a la hora de legislar y actuar en situaciones límites como la que estamos, hay que saber integrar, facilitar y respetar los sentimientos humanos y religiosos hacia los difuntos y familiares.

El segundo paso para curar el alma de las personas golpeadas por esta dura experiencia es el duelo. Periodo vital que debe ser asumido con serenidad y donde pueden acumularse sentimientos

encontrados. No es bueno decir: “Hay que olvidarlo, ya pasó todo”, porque es falso. Estos sucesos tardan mucho en olvidarse, hay todo un tiempo para recolocar emocionalmente al fallecido en la historia personal de cada uno. Por tanto: las lágrimas son necesarias por el que se fue, también hablar de él y que nos hablen de lo que hizo o dejó de hacer, recordar los momentos vividos con aquel que se nos ha ido, es importante guardar algún detalle significativo de la persona querida y perpetuar su memoria. Todo esto forma parte del duelo auténtico y sincero.

La clave con que se vive ese “pasadizo” del duelo es muy diferente para los cristianos que para aquellos que todo termina en las esperanzas intramundanas. La fe en Cristo Muerto y Resucitado no es ninguna ensoñación o algo por el estilo, sino que es fuerza que nos sostiene y luz que ilumina esos momentos oscuros. Percibimos que Dios no me ha arrebatado a mi ser querido, que su cuerpo corruptible lo ha revestido de incorruptibilidad y que ha sido llamado a la plenitud de la felicidad que es la vida eterna. Esa experiencia produce un consuelo y paz interior inenarrable.

Pero no todo termina ahí, además creemos que “el amor es más fuerte que la muerte” y eso nos lleva a la confianza de que la comunicación no se rompe con aquellos que nos han dejado, sino que mediante la oración por ellos perdura en el tiempo la memoria de nuestros difuntos. Por eso mismo, qué bien resuena entre nosotros los españoles en este tiempo de calamidades, el himno del acto a los caídos en nuestras Fuerzas Armadas:

*Tú nos dijiste que la muerte
no es el final del camino,*

*que, aunque morimos no somos,
carne de un ciego destino.*

*Tú nos hiciste, tuyos somos,
nuestro destino es vivir,
siendo felices contigo,
sin padecer ni morir.*

*Cuando la pena nos alcanza
por un hermano perdido,
cuando el adiós dolorido
busca en la Fe su esperanza.*

*En Tu palabra confiamos
con la certeza que Tú
ya le has devuelto a la vida
ya le has llevado a la luz (C. Gabaráin).*

LA FORTALEZA DE CADA DÍA

24 de abril de 2020

La reacción popular de los españoles de convertir como “himno” de esta pandemia, la exitosa canción de los ochenta del Dúo Dinámico, *Resistiré*, revela el coraje de la ciudadanía y el anhelo de seguir existiendo, “Aunque los vientos de la vida soplen fuerte”. Ahora, que cada vez se hace más cuesta arriba el confinamiento por el coronavirus es necesario sacar fuerzas de las flaquezas para poder ganar esta guerra al enemigo invisible del Covid-19 y para los tiempos posteriores.

La fortaleza es la virtud humana que hace al hombre valeroso en todas las esferas de su ser, para enfrentarse a cualquier peligro o prueba en la vida. Se muestra en el saber *resistir* con firmeza ante un adversario que desea arrebatar un bien dado o conquistado. En este caso, es el virus maligno que amenaza la salud personal y colectiva de la humanidad. Dicha capacidad no se improvisa, exige cada día vencer los propios caprichos, egoísmos y comodidades. Hace falta muchas veces hacerse de “Hierro para endurecer la piel”. Pero como diría san Juan Pablo II: “El hombre por naturaleza teme el peligro, las molestias, los sufrimientos. Por ello es necesario buscar hombres valientes no solamente en los campos de batalla, sino también en los pasillos de los hospitales o junto al lecho del dolor” (Roma 15.11.1978). Son muchos los hechos que avalan como la sociedad española está manifestando una gran ejemplaridad en este periodo de larga cuarentena.

La otra manera de “Sed fuertes en la tribulación” (*Rom 12,12*) es *atacar* a tiempo al enemigo que daña la salud personal, el bienestar social y el futuro de la humanidad. Se trata de atajar el mal con los medios a nuestro alcance en el orden médico-sanitario, juntamente con la lucha solidaria de la ciudadanía en favor de la salud, la concordia y la paz. Para eso, se requiere: altura de miras en nuestros gobernantes, superar el crispado temor en la ciudadanía, huir de la soberbia en las decisiones y de la temeridad en las actuaciones. Esta batalla la ganamos todos o fracasamos como sociedad.

Si grande es la fortaleza que está mostrando la población en plena epidemia, no menos vamos a tener que necesitarla en el proceso de desconfinamiento, cuando afloren situaciones críticas no previstas en el escenario y la amenaza de un empobrecimiento social se vaya haciendo desgraciadamente realidad. Sin embargo, no debemos desalentarnos, el ser humano tiene una gran capacidad de supervivencia y saldremos de esta. España posee una rica historia de superación de los más variados conflictos y calamidades, de los cuales ha salido fortalecida en su configuración social y en su aportación a la cultura de otros pueblos.

El cristiano encuentra su defensa y apoyo en Dios. La fortaleza humana es débil e inconsistente, necesita siempre de los auxilios divinos, pero mucho más en el tiempo de la prueba y la desolación. Podremos pelear sin Dios y alcanzar grandes cuotas de progreso, pero la victoria final es del Señor que hizo el cielo y la tierra. Por eso mismo, Dios no es un recurso a la fantasía cuando no se encuentra explicación a la enfermedad y a la muerte, sino la realidad fundante que da sentido a todo y que se nos presenta como “Nuestro refugio y baluarte donde nos ponemos a salvo (*Sal 143*). El mismo Jesucristo

nos dice: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados que yo os aliviare” (*Mt 11,28*). Por lo tanto, el creyente no debe confiar sólo en sus fuerzas sino implorar la ayuda de Dios que “hace de lo imposible, lo posible”. Porque como afirmó el sabio Orígenes: “Lo que falta a causa de la debilidad humana, si agotamos nuestras posibilidades, lo completará Dios, que hace recurrir todas las cosas para el bien de los que le aman” (*Tratado sobre la oración*).

HÉROES DEL MOMENTO: LOS PADRES

28 de abril de 2020

Los niños españoles han salido a la calle después de cuarenta y dos días de confinamiento. Durante todo este tiempo, padres y madres se las han tenido que idear o inventar para librar a sus hijos de cualquier contagio y adecuarse a las rígidas normas que con más o menos acierto han impuesto las autoridades competentes. En la actualidad, desde el pasado veintiséis de abril se han visto un poco aliviados por el inicio de la desescalada. Pero antes y ahora los padres están siendo verdaderos héroes en esta pandemia del Covid-19.

Situémonos primeramente en los sacrificios, incomodidades y pesadumbres que ha supuesto tantos días encerrados en reducidos pisos o casas en las que viven la mayoría de las familias hoy en día. Muchas de estas viviendas no estaban equipadas con wifi ni aparatos para las nuevas tecnologías que de pronto han tenido que utilizar padres, hijos y hasta los mismos abuelos. Se ha pasado de un hogar funcional a vivir en un microespacio digital donde ha entrado el teletrabajo de los progenitores, la escuela de los pequeños y la universidad de los jóvenes.

Luego tenemos estas largas semanas, en las que los padres han tenido que actualizarse y hacer de ayudantes en multitud de tareas docentes sobre materias que ya tenían olvidadas o no se daban en sus tiempos, a la vez que las compaginaban con sus trabajos. Además, con

una improvisada metodología analógica completamente diferente a la que nuestros niños, padres e incluso profesores no estaban acostumbrados. Encuentros virtuales con maestros y catedráticos a través de Meet, Zoom, Team, Skype, FaceTime, WhatsApp o utilizando plataformas educativas como Classroom y los correos electrónicos donde continuamente se han mandado tareas, dudas, consultas y demás. Verdaderamente han tenido momentos muy agotadores y estresantes.

A esto, hay que sumarles las tareas normales de comida, limpieza, lavado y demás quehaceres domésticos. Todo ello, procurando que no se rompiera la convivencia, que no se perdieran las formas para no provocar “heridas” en los miembros más sensibles. Igualmente, pensemos también lo que todo esto ha podido suponer en los hogares más pobres y con miembros muy vulnerables, como las repercusiones de futuro en muchos de esos niños y personas mayores que viven en situaciones de marginación. Con razón decía san Juan Pablo II que: “El trabajo de casa exige una dedicación continua y total, constituye una ascética cotidiana que requiere paciencia, dominio de sí mismo, longanimidad, creatividad, espíritu de adaptación, valentía ante lo imprevisto” (Roma, *Alocución* 29.4.1979).

A pesar de las muchas deficiencias familiares que pueda haber habido tanto en el confinamiento como en estos primeros días de la desescalada del coronavirus, la familia española goza aún de buena salud y muestra un alto nivel cívico. Muchas de ellas se han visto golpeadas por la muerte de algún ser querido que no han podido despedir como es debido y a pesar de todo están mostrando gran entereza. Por otro lado, esta dura experiencia pandémica está sirviendo para redescubrir muchas cosas positivas que había entre los miembros

de una misma familia y que estaban olvidadas. También el vecindario se percibe con un rostro nuevo mucho más cordial y se ha roto cierto distanciamiento social.

Por último, a nivel religioso hay que destacar que las grandes celebraciones de Cuaresma y Pascua no han faltado gracias a los medios de comunicación que han irrumpido con fuerza en nuestros hogares. La Iglesia y sus pastores han estado activísimos para que a nuestros matrimonios y sus hijos no les hayan faltado la predicación del Evangelio de Jesucristo, la asistencia caritativa, los ejercicios de piedad, la comunión espiritual y en algunos casos sacramental. Podemos decir que se ha hecho realidad lo que pide el Concilio Vaticano II: “En esta especie de Iglesia doméstica, los padres deben ser para sus hijos los primeros predicadores de la fe, mediante la palabra y el ejemplo, y deben fomentar la vocación propia de cada uno” (LG 11).

VIRTUDES CLAVES PARA EL CORONAVIRUS

6 de mayo de 2020

Las vivencias personales y colectivas del largo aislamiento por el Covid-19 ha generado diversos sentimientos, actitudes y realidades sociales. Tenemos aquellos que se han tomado en serio esta prueba, como un tiempo de búsqueda de sentido, con el fin de reorientar sus vidas y simplificar sus aspiraciones, ello ha requerido una gran carga de realismo y sinceridad consigo mismo. Estos han tenido una postura sabia y prudente, poniendo en práctica lo que dice el libro de los Proverbios: “Hace más el sabio que el valiente, el hombre de ciencia más que el fuerte” (24,5).

Otro grupo de personas ha vivido este dilatado periodo como *shock* que les ha trastocado su débil psicología y se sienten rotos por dentro, viviendo en el miedo aprensivo, la tristeza, o la desconfianza.

Algunos comienzan a sentir los zarpazos del paro y la escasez. Se trata de las personas y colectivos más vulnerables debido a factores económicos o culturales, “víctimas colaterales” del coronavirus, que no deben ser olvidadas en los tiempos posteriores a la crisis.

También están aquellos otros, que han utilizado el confinamiento para los intereses propios o de grupo, con el fin de hacer su “agosto”. Dicho comportamiento redobla la desgracia que padecemos, ya que no incita a la solidaridad entre los ciudadanos y

crea recelos sobre las promesas de superación de los problemas actuales y venideros.

Esta epidemia sanitaria y humana no la dominarán los autosuficientes, mentirosos, timoratos y aprovechados de turno, sino aquellos valerosos ciudadanos y sensatos gobernantes que sepan conjugar estas tres virtudes claves: *responsabilidad, prudencia y veracidad*.

Así, cuando estamos iniciando las diversas fases de la desescalada, las autoridades competentes están pidiendo a los ciudadanos la máxima *responsabilidad* en el cumplimiento de la normativa vigente. La persona responsable es aquella que no se deja llevar por su comodidad, sentimientos o intereses, sino que valora la situación y utiliza su libertad en función del bien común. Cada uno en la sociedad tiene sus responsabilidades y debe responder ante su propia conciencia y ante la justicia. El cristiano ha de responder también ante Dios (cf. *Mt 25,26*).

Además, en una situación tan compleja como la que estamos padeciendo y para que la desescalada transite por los senderos de la cordura, es necesario que la responsabilidad vaya unida a la virtud de la *prudencia*. Ella es el juicio práctico que sabe valorar las diferentes circunstancias y prever las consecuencias de una determinada acción después de *deliberar, juzgar y ordenar*. De ella diría San Francisco de Sales: “Es la luz o antorcha de nuestra vida, que nos ilumina para no errar el camino... y preserva de la corrupción a las demás virtudes”.

Las personas y los pueblos son libres cuando viven en la *verdad* y prosperan en la solidaridad. Sin embargo, parece que hoy

imperera “la cultura de la mentira”, donde a la verdad se le teme, la sinceridad no se cotiza y el amor se frivoliza. Venceremos entre todos a este maligno virus, si amamos la verdad, respetamos los derechos esenciales y existe transparencia en las actuaciones. No olvidemos lo que al comienzo de este milenio nos decía san Juan Pablo II: “A lo largo de los siglos, la negación de la verdad ha generado sufrimiento y muerte. Son los más pobres e inocentes los que pagan el precio de la hipocresía humana” (Roma 21.4.2000).

FRATERNIDAD Y SOLIDARIDAD EN LA ADVERSIDAD

14 de mayo de 2020

La humanidad se debate sobre dos interrogantes bíblicos: “¿Dónde está tu *hermano*?” (Gn 4,9). “¿Y quién es mi *prójimo*?” (Lc 10, 29ss). Hasta hace muy poco la llamada sociedad o estado del bienestar estaba centrada en un individualismo feroz que de alguna manera consagraba la máxima latina de Plauto: “El hombre es un lobo para el hombre” (*Homo homini lupus*) y que Hobbes en el siglo XVII popularizo presentando el *egoísmo* como base del comportamiento humano.

Pero de pronto, con la llegada de la pandemia del Covid-19 se pone en crisis el modelo de desarrollo que había hasta ahora y como dice el Papa Francisco: “Nos damos cuenta de que estamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca, estamos todos” (Vaticano 27.3.2020). Surgen pues, las respuestas a las cuestiones planteadas: únicamente superaremos esta plaga recuperando la *fraternidad* entre los hermanos y la *solidaridad* con el prójimo, ellos son los anticuerpos sociales del coronavirus. Sin estos dos principios, la vida personal es insostenible y la decadencia de la sociedad es inevitable.

Esta pandemia está causando entre otros muchos males, una *desestabilización existencial* que está fuera del alcance de la ciencia,

de la técnica, de la política y del sistema terapéutico. Además, de buscar medicamentos y vacunas, también es necesario recomponer a la persona interiormente ayudándole a asumir la realidad de que somos seres menesterosos e interdependientes y necesitamos la ayuda divina.

Así resulta que nos aislamos unos de otros como defensa frente a los contagios del virus, pero echamos de menos al *hermano*, al *prójimo*. Es decir, a nuestros seres queridos, a los amigos, a los compañeros y crecemos en deseos de vivir con los demás. Notamos la ausencia de la presencia física, las historias de cada día, los abrazos y besos como expresiones máximas de que estamos vivos y que nos necesitamos. Esto sucede, porque percibimos con mucha mayor evidencia que tenemos una naturaleza común, un mismo origen y destino. En definitiva, somos *hermanos universales*.

También esta crisis está sirviendo para ampliar nuestra percepción de lo que es *el prójimo*, que no es solamente mi compatriota, sino todo hombre, sin límite de raza, religión, clase social e ideología. Al que me debo aproximar respetando su dignidad, libre de intereses partidistas y ofreciendo el bálsamo del amor (cf. *Lc 10,25-37*).

El sentido de fraternidad y solidaridad se ha dejado sentir entre los españoles en estos dos meses que llevamos de confinamiento y leve desescalada. Son muchos los ejemplos que tenemos, que van desde la generosa entrega del personal sanitario, seguido de todos aquellos colectivos profesionales que son apoyos imprescindibles para frenar la epidemia, como es el caso de las actuaciones de las Fuerzas Armadas y Cuerpos de Seguridad del Estado.

Además, esta catástrofe mundial está suscitando una oleada de compasión y voluntariado. Las organizaciones no gubernamentales se han unido a la lucha contra esta nueva plaga. La Iglesia Católica desde el primer momento ha tenido un papel muy activo, queriendo estar al lado de los españoles, sobre todo junto a los más vulnerables.

Pastores y fieles trabajan unidos en los diversos frentes de esta guerra contra el coronavirus. Lo hacen desde su fe en Jesucristo, mediante la oración, la plegaria por los enfermos y el sufragio por los difuntos, por las palabras de consuelo, los auxilios espirituales y el servicio samaritano. También a muchos de ellos les han llegado el contagio y se cuentan más de un centenar los sacerdotes, religiosos y religiosas que han fallecido. Se vaciaron los templos, pero la Iglesia está más viva que antes.

De las asambleas cristinas presenciales hemos pasado de golpe a una Iglesia digital donde la rica creatividad en las redes está revelando el celo apostólico que hay en “nuestras bodegas interiores”. Eso mismo, lo muestra la eficaz labor de *Caritas* y de otras instituciones que están haciendo que la *fraternidad* y la *solidaridad* sean una realidad medicinal que sane el alma dolorida de esta humanidad caída.

HISTORIAS QUE CONTAR

21 de mayo de 2020

La conocida película de Roberto Benigni cuenta cómo un padre extravagante (Guido), mediante un fabula, convence a su pequeño hijo que la terrible situación de la segunda guerra mundial que están padeciendo, es tan sólo un juego. Esta narración cinematográfica mezcla magistralmente la ternura, la sonrisa y la tragedia con el fin de hacer llegar también al espectador un mensaje vital: lo que sucede no es coherente, no es perfecto, pero a pesar de todo lo espantoso del momento: *La vida es bella*.

El mensaje del Papa Francisco para la 54 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales que se celebra cada año en la solemnidad de la Asunción y que lleva por lema: “*Para que puedas contar y grabar en la memoria*” (cf. Ex 10,2) *La vida se hace historia*, tiene un contenido muy sugerente para los tiempos del coronavirus que estamos padeciendo. El documento tiene como primeros destinatarios a los periodistas y comunicadores y así mismo a todo el pueblo de Dios.

El texto es *profético*, ya que se publicó el pasado 24 de enero, fiesta de san Francisco de Sales, antes que comenzara media humanidad el confinamiento y además es *original* en su planteamiento. Así, partiendo del hombre como “tejedor de historias”, nos habla de cómo el mal “serpentea” en el mundo de la comunicación transmitiendo bulos y noticias nocivas para la persona y la sociedad. Por ello, es necesario escuchar la “Historia de las historias” que es el

diálogo de Dios con la humanidad que se convierte en la Buena Noticia de Jesucristo para todos los hombres, que se hace “siempre actual” y tiene la fuerza de “renovarlo todo”. De ahí, que el Obispo de Roma nos dice: “En medio de la confusión de las voces y de los mensajes que nos rodean, necesitamos una narración humana, que nos hable de nosotros y de la belleza que poseemos. Una narración que sepa mirar al mundo y a los acontecimientos con ternura... que revele el entretrejo de los hilos con que estamos unidos unos con otros”. Desde esta perspectiva tiene pleno sentido la máxima de nuestros días: *#JuntosVenceremosLaPandemia*.

El largo aislamiento que sufrimos y el inicio de la desescalada han sido y es fuente de muchas noticias de todo tipo: noticias falsas (*fake news*), manipulación de imágenes (*Deep fake*), inflación informativa, manipulación de datos...etc. Pero también ha habido hombres y mujeres de la comunicación que merecen nuestro reconocimiento por su trabajo en situaciones muy hostiles, los cuales han sabido contar “historias” edificantes de solidaridad y esperanza de los “héroes”, “santos” y “mártires” de la “puerta de al lado”. Ellos han sabido anteponer el deber sagrado de informar con “verdad, belleza y bondad”, frente a la gran corriente “bien pensante” que sigue el camino fácil de decir lo políticamente correcto y lo que interesa al poder de turno.

Qué razón tiene el Papa cuando nos dice que en estos tiempos cruciales urge: “Respirar la *verdad de las buenas historias*: historias que construyan, no que destruyan; historias que ayuden a reencontrar las raíces y la fuerza para avanzar juntos”. Porque ante tanta enfermedad y muerte en el Covid-19, con sus consecuencias de desazón, perturbación, desajuste emocional, crisis económica y

pérdidas de puestos de trabajos, se requieren periodistas y gente de la comunicación que sean: “Tejedores de historias que saquen a la luz la verdad de los que somos, incluso en la heroicidad ignorada de la vida cotidiana... inclusive cuando cuenten el mal, dejen espacio a la redención y se pueda reconocer en medio del mal el dinamismo del bien y hacerle sitio”. ¡Necesitamos comunicadores que nos cuenten las historias de las esperanzas humanas!

¡NO DEJÉIS DE ORAR!

28 de mayo de 2020

El pensamiento materialista ha querido presentar la oración como un refugio de gentes débiles y supersticiosas. La misma posmodernidad ha llevado al hombre a un vacío total, del que intenta salir con la búsqueda de nuevas espiritualidades sin Dios. Estos desafíos culturales han hecho sus estragos en la secularización de la vida cristiana, pero no han apagado la llama de la fe y de la oración

Ahora en los tiempos presentes, sentimos la amenaza de un enemigo no controlado como es el coronavirus, que pone en crisis todo el sistema dominante y la humanidad se ve sumergida en una crisis sanitaria, económica y antropológica jamás vivida. En este panorama brotan muchos interrogantes tales como: ¿Qué sentido tiene la oración en esta situación? ¿No será más efectivo dedicar el tiempo y los esfuerzos a evitar el contagio y encontrar rápido la vacuna? Estas cuestiones planteadas olvidan que: *la persona es un espíritu encarnado*. El hombre es algo más que la pura corporeidad, que lo médico-sanitario. El Covid-19 pone a flote la dimensión espiritual del ser humano, que se expresa en la *oración* del creyente y en el *silencio* respetuoso del ateo. No todo se sabe en esta vida, el misterio de nuestra existencia nos sobrepasa.

El Papa Francisco desde que comenzó esta pandemia no ha tenido ningún reparo en presentar “la oración y el silencio como nuestras armas vencedoras”. Así lo expreso en la homilía del acto de “Oración en tiempos de epidemia” (Vaticano 27.3.2020). Ello no

invalida los esfuerzos médicos y de investigación para frenar y sanar a la población de este virus maligno. Sino todo lo contrario, lo valora, estimula y añade el plus de la gracia de divina que hace de “lo imposible, lo posible”. Porque la oración del creyente en Cristo Jesús no es un añadido, ni paréntesis piadosos, ni pérdida de nuestro tiempo. Es la vida misma, “Dime como rezas, y te diré como vives...la escuela de la oración es la escuela de la vida” (Francisco, México 2016).

La identidad de Jesús de Nazaret es orante y obediente. Toda su vida es una continua oración filial al Padre para que se cumpla su voluntad de salvar a los hombres de la muerte y del pecado (*Lc 22,41-44*). Los discípulos ven como reza su Maestro y le piden que les enseñe a rezar (*Mt 6,5-13*). La Iglesia naciente después del fracaso del Calvario, los apóstoles y amigos del Señor se sentían “asustados y perdidos”, como pudiéramos estar nosotros en estos tiempos funestos, ¿Qué hicieron? Recordaron aquello que el Señor les dijo:” Pedid y se os dará, buscad y encontrareis, llamad y se os abrirá; porque todo el que pide recibe, quien busca encuentra y al que llama se le abre” (*Mt 7,7-9*). Se pusieron en camino hacia Jerusalén y por “miedo a los judíos” se reunieron en el cenáculo: “Todos perseveraban unánimes en la oración, junto algunas mujeres y María, la madre de Jesús y con sus hermanos” (*Hech 1,14*).

Lo que demuestra, que la vida espiritual se alimenta de la oración y se manifiesta en la misión. Como dice el actual Obispo de Roma: “Cuando respiramos en la oración, recibimos el aire fresco del Espíritu y al exhalarlo proclamamos a Jesucristo suscitado por el mismo Espíritu. Nadie puede vivir sin respirar, nadie vive sin rezar” (Roma 2019).

A pesar de la desolación, no debemos de dejar de implorar a Dios en todo tiempo y lugar, con *humildad, confianza y perseverancia*. En la soledad del aposento o con la comunidad. Elevando súplicas por ti y por los demás, en los momentos de tribulaciones y cuando pase la adversidad. Porque, en definitiva, la oración cristiana da sentido a toda la vida en cada momento y en cualquier circunstancia que nos encontremos.

DÍA DE LAS FUERZAS ARMADAS EN ÉPOCA DEL COVID-19

29 de mayo de 2020

No están los tiempos para muchas fiestas. Desde hace meses sufrimos la plaga del coronavirus que hasta el momento ha dejado un reguero 27.119 fallecidos y 237.906 contagios. Después de dos largos meses de confinamiento, se está llevando una desescalada con no poca tensión en el tejido social.

Desde el inicio de la pandemia se puso en marcha la *Operación Balmis*, con el lema: *Para salvar vidas*, donde nuestros militares, guardias civiles y policías han trabajado en multitud de funciones para garantizar la seguridad, los suministros y la sanidad de los ciudadanos. Estas acciones han sido llevadas a cabo por 177.582 efectivos que han realizado más de 19.000 actuaciones en todas las provincias españolas. Estos datos representan el compromiso de unos hombres y mujeres que anteponen el servicio a España a los intereses personales, escribiendo una página heroica en la historia de nuestro país. Se olvidaron de sí y de familiares y se entregaron por entero a luchar contra el enemigo invisible del Covid-19. Apostaron por la primera línea para salvar la vida de los otros poniendo en riesgo su salud, sin pensar en colores políticos o de credos.

En estos años de la democracia, nuestras Fuerzas Armadas y Cuerpos de Seguridad del Estado han ido ganando prestigio y reconocimiento entre los españoles, por su cercanía a la sociedad, modernización y profesionalización en sus actuaciones tanto en el

ámbito nacional como en las misiones internacionales. Ahora, su ascendencia social ha crecido debido a su eficaz y valerosa labor en estos tiempos fatales que vivimos. Siendo un dignísimo referente social admirado por su gloriosa historia y por los éxitos castrenses actuales. Estas instituciones están sustentadas en los valores de la generosidad, humildad, altruismo, abnegación y amor al prójimo que no se pueden reglamentar en una orden de operaciones. Esas virtudes demuestran su humanidad y convicción de que están al servicio del bien común de todos los ciudadanos.

Es pues, razonable y oportuno que una vez al año, nuestra sociedad tenga un gesto de reconocimiento con los hombres y mujeres que tan noblemente sirven a los intereses de la seguridad, independencia, libertad y paz de España (cf. CE, art.8). Por ello, hace 43 años se instituyó *El Día de las Fuerzas Armadas*, que se celebra alrededor del 30 de mayo, festividad de San Fernando, patrón, entre otros, de los Ingenieros del Ejército y figura gloriosa de nuestra historia. Con idea de acercar las instituciones militares a los diversos pueblos de España, su celebración ha ido rotando por diferentes ciudades y autonomías. Los actos castrenses organizados durante esa semana tienen como fin dar a conocer al pueblo y a la opinión pública la vida ordinaria de nuestros militares, terminándose con un emblemático acto central y desfile militar, donde la gente se echa a la calle para honrar a estos servidores de la Patria.

Este año, nuestro *Día de las Fuerzas Armadas* se cubre de luto por todos los muertos del coronavirus. Los actos se quedan reclusos en los cuarteles, buques y demás instituciones castrenses. Sin embargo, en *el alma del Soldado*, está el recuerdo y la oración por los que nos dejaron y por el sufrimiento de tantas familias. Mientras

España está de duelo y la Bandera a media asta, en las Vísperas de la festividad de San Fernando sonará la campana del acto castrense a los caídos, retumbarán las salvas de honores por todos aquellos que murieron. Cuando decline la tarde de este día, se celebrará en la Catedral de las Fuerzas Armadas, una Eucaristía en memoria de los militares y civiles fallecidos en el Covid-19, allí resonará el himno que da sentido a este día: *La muerte no es el final*.

RECUPERAR LA NORMALIDAD

4 de junio de 2020

La desescalada va aligerando el confinamiento por el coronavirus, encaminada a recobrar la vida ordinaria particular y social. Esta nueva situación que va surgiendo, demanda *sentido común, sabiduría, y creatividad*. Porque después del Covid-19, no todo va a ser igual, vendrá otra normalidad de vida, muy distinta a la que disfrutábamos antes de entrar en la pandemia.

El nuevo contexto mundial que se avecina será tremendamente complejo en lo personal, social, laboral, económico, ecológico y cultural. Todos vaticinan que el proceso de recuperación ha de ser integral y sostenible, si queremos salvar a la humanidad, porque si algo hemos aprendido en este tiempo calamitoso, es que nadie se salva solo, todos estamos en la misma barca, que “navega en el mar” del medio ambiente y que formamos parte de la “casa común”.

La superación del tiempo del Covid-19 será lenta y con muchos desajustes. Por eso, es preciso no sucumbir a temidas provocaciones como: la nostalgia de lo perdido, el miedo a lo que se nos viene encima y a los brotes de violencia que quieran imponer una determinada forma de Estado y sociedad.

Sin embargo, desde una lectura cristiana del momento por el que estamos pasando, hemos de afirmar con el Papa Francisco: “Este es el tiempo favorable del Señor, que nos pide no conformarnos ni contentarnos y menos justificarnos con lógicas sustitutivas o paliativas

que impiden asumir el impacto y las graves consecuencias de lo que estamos viviendo. Este es el tiempo propicio de animarnos a una nueva imaginación de lo posible con el realismo que solo el Evangelio nos puede proporcionar. El Espíritu, que no se deja encerrar ni instrumentalizar con esquemas, modalidades o estructuras fijas o caducas, nos propone sumarnos a su movimiento capaz de “hacer nuevas todas las cosas” (Ap 21, 5)”. (Revista *Vida Nueva*, 17.4.2020).

Esta epidemia es una completa ruina en todos los órdenes de la vida. La mentalidad consumista del bienestar había adormecido al sujeto, que se ha visto zarandeado por un virus invisible no controlado y de pronto en medio de la calamidad, han surgido unos anticuerpos tales como: mayor conciencia de la *vulnerabilidad* humana, la *humildad*, el *compañerismo*, la *generosidad*, la *interioridad*, la *austeridad* y muchos otros antídotos

Pero no seamos ilusos, la fe no oculta los graves problemas y sufrimientos que encierra esta travesía del desierto. No podemos escribir la historia presente y futura de espalda al dolor de tantos hermanos y conciudadanos nuestros o desde la indiferencia. El coronavirus no sólo produce enfermedad y muerte, trae consigo otras epidemias como son: el incremento real del paro que, en España en estos momentos, supera los tres millones de parados, con una tasa de paro del 14,41%, 0,63 puntos porcentuales en relación con hace tres meses (cf. INE). Además de la desaparición de gran parte del tejido empresarial, por lo que muchas empresas no podrán reiniciar la actividad económica. El aumento de la bolsa de pobreza entre la población más vulnerable. El incremento de la tensión social que comporta inestabilidad política muy difícil de pronosticar. Ojalá que

también en este terreno brillen los anticuerpos necesarios de la *justicia*, la *caridad*, la *solidaridad* y la *paz*.

En fin, junto al desastre sanitario y económico brota un nuevo éxodo como dice el profeta Isaías: “Mirad que realizo algo nuevo... abriré un camino en el desierto ¿no lo notáis?” (*Is.* 43,19). Solamente Él sabe convertir “los males en bienes”. La Iglesia como “madre y maestra en humanidad” ha aprendido mucho en estos meses de confinamiento sanitario y ha aportado mucha luz en medio de tantas tinieblas. Ella misma se ha visto interrogada por la realidad terrible que todos hemos vivido y seguimos padeciendo. Ahora, cuando los españoles nos vamos abriendo hacia una “nueva normalidad”, como se está dando en otros países, es urgente que los discípulos de Jesús de Nazaret, seamos artesanos de “una civilización de la esperanza, contra la angustia y el miedo, la tristeza y el desaliento, la pasividad y el cansancio” (Francisco. 17.4.2020). Porque, cuando se pierde la esperanza, desaparecen las culturas y languidecen los pueblos.

EL ESPLENDOR DEL CORPUS EN TIEMPOS DE CRISIS

11 de junio de 2020

La calamidad del coronavirus que azota a la humanidad ha hecho que entremos en una profunda crisis sanitaria, económica y hasta antropológica. El mapa mundial de la pandemia arroja, hasta este momento, más de siete millones de casos, superando los cuatrocientos mil fallecidos. A esto se une el desplome del tejido económico con tremendas consecuencias para los más pobres. Además, en el largo periodo de confinamiento ha sido inevitable que muchas personas, en su estructura como ser humano, se hayan resquebrajado por la incertidumbre, la aprensión y el pánico vivido.

En el momento presente, muchos países comienzan a dar los primeros pasos de una desescalada precaria. De ahí, que la advertencia del Papa Francisco este cargada de realismo: “Estad atentos, ¡no cantéis victoria antes de tiempo! Es necesario seguir con las normas vigentes. Gracias a Dios estamos saliendo de la fase más fuerte, pero con las prescripciones de las autoridades” (Vaticano 7.6.2020).

En este escenario, la Iglesia católica se dispone a celebrar una de las grandes solemnidades del calendario litúrgico como es el Corpus Christi: manifestación del “asombro eucarístico” por nuestras calles. Es evidente, que como ha sucedido con las otras grandes celebraciones cristianas, se tendrá que acomodar a los tiempos que corren.

La fiesta del Corpus, se remonta al siglo XIII por la bula *Transiturus* del papa Urbano IV. Este día, los cristianos hacemos memoria agradecida por el don del Sacramento de la fe, nos postramos en adoración ante Jesús Sacramentado y manifestamos visiblemente que “el Amor de los amores” vence al mundo y nos da la vida eterna. Toda esta enseñanza ha calado hondamente en la piedad popular, que lo ha plasmado en el arte, la orfebrería, la música y en las costumbres de cada pueblo que ha sabido unir la cultura con la caridad hacia los necesitados

Este año, el esplendor de la procesión eucarística se quedará entre los muros de los templos y en la vivencia de la Iglesia que sabe que no puede vivir sin la Eucaristía. Tendremos que llevar la procesión por dentro: con un corazón convertido, una mente abierta a lo que Dios nos está hablando en esta epidemia y con unos sentimientos como los de Cristo. Sabiendo prolongar la mesa eucarística a la mesa de los pobres y necesitados del Covid-19. Porque la mayor grandiosidad del Corpus siempre es la Caridad.

Hace unos días, se presentaba la *Memoria Anual de las Actividades de la Iglesia Católica en España 2018*. Los abundantes datos que recogen, revelan perfectamente la unión del culto con la vida, la espiritualidad con la acción samaritana de una Iglesia en salida, que sabe muy bien que ante la sociedad de la increencia, solo valen aquellas “obras que son amores y no buenas razones”. Una muestra es la realidad de más de cuatro millones de personas atendidas en los centros sociales de la Iglesia. También se podrían añadir otras cifras sobre las actuaciones en los campos de: educación, universidades, sanidad, formación y patrimonio

cultural, que ponen de manifiesto cómo la Iglesia es un bien social que, a pesar de la pandemia, vive la caridad de puertas abiertas las veinticuatro horas del día.

Todo este trabajo en beneficio de la sociedad española se debe a la incansable labor de sacerdotes, religiosos y laicos que conscientes de su fe en Jesucristo, encuentran en el alimento del pan eucarístico, la fuerza necesaria para ser discípulos misioneros y extender por el mundo el mandamiento supremo del Amor (Jn 13,34). A estos los encontramos enrolados en parroquias, comunidades cristianas, grupos eclesiales, instituciones benéficas y sobre todo en los numerosos voluntarios de *Caritas*, *Manos Unidas*, y el millón largo de *Hermandades* y *Cofradías*, muchas de ellas nacidas alrededor del culto eucarístico que son expresiones vivas de la unidad entre *Eucaristía* y *Caridad*. Una vez más, el “esplendor eucarístico” nos lleva a sentar en nuestra mesa a los pobres de la tierra.

En definitiva: realizar y actualizar el Memorial de la muerte y resurrección de Cristo hasta que Él vuelva, es el tiempo donde el sacramento del hermano se llama *Caridad*.

OTROS VIRUS DEL SIGLO XXI

18 de junio de 2020

Las desgracias nunca vienen solas, dice el adagio popular. Al tiempo que sufrimos las consecuencias sanitarias, económicas, sociales y antropológicas del Covid-19. Ahora, nos encontramos con la urgencia de afrontar la xenofobia, el racismo, el fanatismo y las discriminaciones agudizadas por el desconcierto y el miedo que nos sobrecoge.

La intolerable muerte de George Floyd plantea no solo un grave problema persistente, que no es exclusivo de la historia norteamericana, sino que también el racismo y el antisemitismo están presentes en Europa, con motivo de la imparable emigración de asiáticos, africanos y latinos.

Estos problemas vienen agudizados por la violencia múltiple que, según Marcuse, vocifera un revisionismo histórico que va desde el adanismo indigenista, pasando por las diversas colonizaciones hasta llegar a la censura de películas y de opiniones mediante técnicas de nuevas inquisiciones, sin darse cuenta de que no se puede reescribir impunemente el pasado. Hay que conocer y encuadrar la historia para entender el presente y preparar el futuro. De hecho, se quiere borrar la máxima de Cicerón: La historia es maestra de la vida y testigo de los tiempos. Aforismo que encierra un realismo aleccionador para no repetir los errores acaecidos y mejorar los tiempos actuales.

El voluntarismo inculto quiere juzgar lo que sucedió hace siglos, con los criterios modernos y pretender hacer justicia a los oprimidos de antaño con la injusticia del pensamiento único y dictatorial que desean imponer. Así, como los talibanes de Afganistán destrozaron aquellos budas gigantes, de la misma manera este cóctel de indignación, protestas antirracistas y vandalismo indocumentado han emprendido una guerra contra las estatuas de Cristóbal Colón y otros insignes personajes históricos. Al virus invisible de esta pandemia que padecemos, se une el virus ostensible de la iconoclasia de la libertad.

El papa Francisco ha mostrado su preocupación por este virus anticultural y antisistema. Ha afirmado: “No podemos tolerar ni cerrar los ojos ante ningún tipo de racismo o exclusión...el racismo es un pecado...la violencia sobrevenida es autodestructiva y nada se gana con ella y se pierde mucho” (Vaticano 3.6.2020). Es moralmente inaceptable cualquier teoría o comportamiento inspirados en el racismo y en la discriminación social. Mirando la historia de la humanidad, el mensaje cristiano ha sido decisivo en la abolición de la esclavitud (cf. Gal 3,27-38; Col 3,11; Film vv.16-17,21) y ofrece una visión universal de la vida de los hombres y de los pueblos por encima de cualquier raza o condición. Para los discípulos de Jesús de Nazaret, las diferencias raciales y culturales no han de ser motivos de división, sino de enriquecimiento en sus diferencias, para alcanzar en Cristo “la unidad completa” (LG,1).

PONERSE EN CAMINO

25 de junio de 2020

En estos meses, en los que el mundo entero ha estado abrumado por un virus que ha traído dolor y muerte, desaliento y desconcierto, nos hemos visto obligados a convertir paradójicamente el estado de confinamiento en un gran *diálogo a distancia*. La falta de las relaciones interpersonales, la ausencia de los seres queridos, los miedos sobre la salud, la amenaza real de la pérdida del trabajo y la consecuente crisis económica; han abierto de golpe un deseo de hablar, comunicar, dialogar, escuchar y hasta disfrutar del idioma del silencio ambiental.

La distancia se ha hecho corta, gracias a los medios de comunicación que nos han permitido conocer lo que está ocurriendo con todos sus matices y sus complejidades. La comunicación humana en el tiempo de aislamiento se ha dado con unas características muy propias del momento, se han puesto en primer plano muchos asuntos y valores que estaban un poco olvidados. No ha venido mal, una mayor toma de conciencia de nuestra vulnerabilidad, de la necesidad que tenemos de los otros, el haber caído más en la cuenta del lado positivo que tienen las historias humanas y de cómo la solidaridad construye y salva, mientras que la indiferencia y el descarte mata.

Sin embargo, la gran novedad de la intercomunicación en estos meses ha sido la popularización de herramientas tales como: las video llamadas, videoconferencias, facetime, WhatsApp, zoom y otros medios y redes que han venido para quedarse, En definitiva: no hay

distancias humanas cuando descubrimos y sentimos, como dice el Papa Francisco, “el entretrejado de los hilos con los que estamos unidos”.

Ahora, en esta nueva etapa de la pandemia debe evitarse la mentalidad facilona de que esto del virus con la llegada del verano tiene su fin. No es verdad, porque la enfermedad no está controlada, ni conocemos con certeza todos los elementos de su propagación. Esto requiere: potenciar la responsabilidad personal, utilizar el sentido común en las actuaciones propias y colectivas, informar verazmente a la ciudadanía, evitar la instrumentalización política que algunas veces se ve muy palpable, huir tanto de los extremismos catastrofistas como del buenismo voluntarista que convierte los deseos en realidad. En fin, conseguir el máximo consenso entre gobierno y fuerzas sociales. Nadie por sí solo tiene una fórmula mágica para acabar con este mal. Ya hemos tenido mucho tiempo de degradación moral, donde la ética ha brillado por su ausencia y la burla de la fe y la honestidad han sido una constante.

El Evangelio de Jesús nos narra el envío de los setenta y dos discípulos a todos los pueblos con la misión de anunciar que el Reino de Dios había llegado. Se *pusieron en camino* en medio de una situación nada estable, donde les esperaban peligros imprevistos y para superarlos debían de guardar unas reglas de funcionamiento: “quedarse en la misma casa”, “curad a los enfermos que haya” etc... Después de hacer lo recomendado “los setenta y dos volvieron con alegría” (Lc 10, 1-17).

Haciendo un parangón con la realidad de la pandemia que padecemos y concluida la primera fase del estado de alarma, tenemos

que “ponernos en marcha” hacia la normalización de la vida ordinaria, con las debidas precauciones sanitarias y sociales. De esta manera, se evitarán rebrotes del Covid-19 y que al igual que los apóstoles, tengamos la alegría de volver a una cotidianidad humana donde la salud y las relaciones sociales sean normales. Por eso mismo, no hay un *distanciamiento social saludable* si la sociedad no está revestida: con el cinturón de la verdad, teniendo como coraza la justicia, calzados los pies con la paz y como corazón, el gran valor del bien común de todo el pueblo. ¡Estas son las “armas” con las que debemos ponernos en marcha para recuperar plenamente la salud y la alegría de vivir!

LOS CAPELLANES CASTRENSES EN ACCIÓN



Durante estos meses los capellanes castrenses han mantenido, cuando no han aumentado, su labor pastoral junto a una intensa actividad de acompañamiento y ayuda a los militares, guardias civiles y policías de las unidades en donde están destinados durante el desarrollo de los cometidos asignados dentro de las operaciones “Balmis” y “Baluarte”, en apoyo a Cáritas Castrense o a las funciones determinadas por las autoridades.

Esas labores fueron reforzadas con la utilización de los medios telemáticos actuales que han sido la herramienta para trasladar una palabra de consuelo, de esperanza y de ánimo a las personas que se encontraban solas o en situaciones de vulnerabilidad. Siempre salvando la distancia física, necesaria por razones sanitarias, pero con la cercanía de quien se ofrece al prójimo con sinceridad y anuncia la fuerza salvadora de Jesucristo, “Medico de la Humanidad”.

Los capellanes también entendieron que su testimonio de fe debía trasladarse a la feligresía y una vez más los modernos medios de transmisión han sido la herramienta usada para que las misas oficiadas en distintas unidades, en prácticamente todos los rincones de España, y con diverso horario llegaran a los acuartelamientos, bases y buques. Esas Eucaristías han podido seguirse a través de la página web del Arzobispado, donde también se colgó el video titulado “Por Ti” donde los capellanes describieron de forma esquemática su labor tanto dentro como fuera de España. Además se facilitó a través de la web, un “buzón de sufragios” donde cualquier persona podía solicitar la aplicación de una misa por el fallecimiento de sus seres queridos.

Durante esta crisis el Arzobispado Castrense diseñó como elemento de solidaridad y caridad para mitigar las consecuencias sociales y económicas de la pandemia, “El Granero de José”, un fondo de emergencia que se inició el 26 de mayo dirigido a los más necesitados con la intención de socorrer las necesidades primarias tales como: alimentación, sanidad, enseñanza y vivienda. Los recursos son donaciones, que comenzaron con una aportación personal del Arzobispo. Estos fondos son gestionados por los servicios centrales de Cáritas Castrense y las peticiones son encausadas a través de las Caritas de las capellanías distribuidas por todo el territorio, y que son fundamentales para detectar las necesidades y establecer su solución.

Esta incesante labor durante los meses de la pandemia ha llevado a los medios de comunicación a solicitar la participación de los capellanes en reportajes, entrevistas y a la petición de artículos sobre cuestiones de actualidad. A continuación, a modo de memoria, enumeramos algunas de esas intervenciones en medios escritos, digitales, radio y televisión.

RELIGION CONFIDENCIAL

JUAN DEL RÍO, ARZOBISPO CASTRENSE, ELOGIA LA LABOR DE LOS MILITARES ANTE EL CORONAVIRUS

«El arzobispo castrense recuerda que a los militares también les asalta "el miedo y la desazón con lo que está pasando y viéndolo en primera línea de combate". Y concluye: "El virus del Covid-19 no hace distinción entre civiles, sanitarios o militares. Ante este enemigo que esparce sus ofensivas por todos los sitios y su rostro se hace visible en los que están padeciendo la grave enfermedad a las puertas de la muerte; no caben medias tintas, moralinas egoístas o ideologías interesadas, sólo la responsabilidad solidaria, el espíritu de servicio, la serenidad de ánimo y la confianza en la victoria sobre esta calamidad. Así", **“demostraremos que somos soldados cada uno en el lugar que nos ha tocado”** (JEMAD).”»

Publicado el 25 de marzo de 2020

ECCLESIA

LOS APLAUSOS DEL CORAZÓN DE DIOS, POR JUAN DEL RÍO

«Asimismo, Dios goza con las buenas obras de sus hijos (cf. Mt 5, 16). La mejor forma es hacer realidad lo que dice el refrán español: «obras son amores y no buena razones». En estos tiempos calamitosos, es urgente actualizar y poner en práctica lo que siempre la Iglesia ha enseñado a lo largo de los siglos: Las obras de misericordia.

Constituyen un programa de vida que tiene presente a la persona concreta, en su totalidad y en las diversas circunstancias que se encuentre. Así tenemos, primeramente, las obras de atención corporal: visitar a los enfermos, dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, dar hospedaje al peregrino, redimir a los cautivos y enterrar a los muertos. Por muy duras que sean las normativas sanitarias, la fuerza de la caridad suple los inconvenientes con tal de servir y ayudar al hermano en cualquier necesidad perentoria. Sin embargo, la persona, al ser un espíritu encarnado, también necesita los auxilios del alma. Por ello, las obras de misericordia espirituales son: enseñar al que no sabe, dar buen consejo al que lo necesite, corregir al que se equivoca, perdonar las injurias, soportar los defectos del prójimo, consolar a los tristes y rezar por los vivos y muertos. Como veis, se trata de todo un protocolo ceñidísimo para que el aislamiento en nuestras casas no se haga insostenible y podamos seguir diciendo siempre: «Hogar, dulce hogar». Dios aplaude la paciencia de esos padres, madres, abuelos, hijos que ponen en práctica cada día el himno de la caridad: «El amor es paciente, es benigno, el amor no tiene envidia, no presume, no se engríe... Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor no pasa nunca» (1Cor 13, 4-8). En definitiva, el Señor se enorgullece y aplaude a sus hijos, cuando sumando fuerzas, entre todos juntos, vencemos el mal haciendo el bien (cf. Rom 12, 21).»

13 TV

ENTREVISTA EN EL PROGRAMA “EL CASCABEL” AL ARZOBISPO CASTRENSE DE ESPAÑA, MONSEÑOR JUAN DEL RÍO MARTÍN.

Emitido el 15 de abril de 2020

RELIGIÓN DIGITAL

JUAN CARLOS PINTO, CAPELLÁN DE LA UME EN TORREJÓN DE ARDOZ: “EL JURAMENTO QUE HICIMOS A LA BANDERA SE REFLEJA EN EL SERVIR A NUESTRA SOCIEDAD EN TODO AQUELLO QUE SE NOS DEMANDE”

«Como todos los curas de España, el **páter Pinto** está confinado en su casa y atiende a su parroquia de militares y sus familias por streaming y a través de su móvil, que no para de sonar: “En estos días, me llaman sobre todo para pedirme oraciones por sus familiares fallecidos y para que los tenga presentes ante Dios, dado que no los pueden ni despedir ni hacerles duelo y, mucho menos, un funeral. Me piden, sobre todo, rezar por los difuntos o por los familiares enfermos”».

Publicado el 19 de abril de 2020

WEB DE LA DIÓCESIS DE MÁLAGA

JAVIER BAENA, CAPELLÁN DE LA UME EN MORÓN: “LA UME ESTÁ MUY AGRADECIDA A LA POBLACIÓN”

«¿Cómo encuentra de ánimo a los miembros de estas unidades?»

La moral de los miembros que están activados es alta. Los miembros de nuestras Fuerzas Armadas están vocacionados al servicio de España, de todos los españoles. Eso requiere preparación, sacrificio, fortaleza, compañerismo, predisposición, entrega y amor por los demás. Si el ánimo no fuese alto fallaría algún valor, de los anteriormente mencionados, y tanto la tarea encomendada, por muy difícil que fuese, como su resultado final no serían los idóneos».

Publicado el 28 de abril de 2020

ALFA Y OMEGA

ESTAMOS EN MISIÓN

Reportaje sobre la actividad de los capellanes militares con la intervención del **páter Mario Ramírez**, **páter Benito Pérez Lopo** y páter Juan Carlos Pinto.

«En estas últimas semanas de pandemia, más de 120.000 militares han recorrido España a lo largo y ancho en la Operación Balmis, cuya tarea principal ha sido la limpieza y desinfección de distintos espacios, fundamentalmente residencias de mayores. En medio de ellos, a su lado, han estado los capellanes castrenses. En algunos casos, acompañándolos a la primera línea en las distintas actuaciones –como el páter Mario Ramírez en una residencia en Cádiz– o escuchándolos y rezando por sus familiares fallecidos. «Las unidades están desplegadas y nosotros estamos ahí», subraya Benito Pérez Lopo, otro páter, párroco en Santa María de la Dehesa en Madrid».

Publicado el 30 de abril de 2020

VIDA NUEVA

En su número 3180 la revista “Vida Nueva” publica varios trabajos sobre el papel desarrollado por las Fuerzas Armadas y los capellanes castrenses durante la pandemia bajo los siguientes titulares.

Una guerra por el bien común

«No son pocos los que, durante esta pandemia, han redescubierto la impagable labor del Ejército, ante un despliegue sin parangón: lo mismo en residencias de ancianos que levantando hospitales de campaña.

Hombres y mujeres vocacionados en su servicio al bien común, muchos de ellos movidos por la fe, que han demostrado un compromiso sin límites, como el que llevan a cabo con su entrega ejemplar en tantas misiones de paz por todos los rincones del planeta. No han estado solos en esta empresa. Han contado con la callada e imprescindible entrega del capellán castrense, como uno más en la trinchera para alentar a unas tropas desgastadas y necesitadas de un aliento para hacer frente a tanto dolor y sufrimiento del que han sido testigos en su día a día. Juntos, como laicos militares y *paters*, de la mano del arzobispo Juan del Río, se han revelado además como signo de corresponsabilidad eclesial, al reforzar más si cabe la emergente “Cáritas Castrense”».

*DEBEMOS ESFORZARNOS POR CONOCER A LA IGLESIA,
NO AFERRARNOS A LOS TÓPICOS,*

Entrevista a la ministra de Defensa, **Margarita Robles**

Por José Beltrán

«¿De qué valores, que son pilares de las Fuerzas Armadas, cree que deberíamos aprender todos como sociedad en este tiempo de difícil reconstrucción que se avecina?

Por encima de cualquier otra cosa, los hombres y mujeres que integran las Fuerzas Armadas han demostrado en esta crisis su calidad humana, generosidad, profesionalidad, entrega, espíritu de servicio, compromiso y su amor a España y los españoles. Los militares tienen una cultura de planeamiento que hace que, ante una situación difícil, y esta pandemia lo ha sido, su capacidad de reacción sea rápida y eficaz».

ARMADOS DE FE ANTE EL COVID-19

Por Miguel Ángel Malavia

«Otro testimonio es el de Mario Ramírez, capellán del Cuartel General de Infantería de Marina de San Fernando, en Cádiz: “A nuestra unidad le han asignado labores de vigilancia y desinfección en varios centros de la zona, en su gran mayoría, residencias. Siempre se pregunta a la dirección si desean la presencia de un sacerdote.

Personalmente, ha sido muy bonito saber que han contado conmigo desde el principio, entendiendo que la asistencia religiosa también forma parte de nuestra respuesta en medio de la crisis”.

No están solos. Su presencia en esas residencias es algo que no olvidará este joven sacerdote: “Ha sido especial estar con los ancianos y comprobar hasta qué punto eran conscientes de lo ocurrido. Muchos lo equiparaban a lo vivido en la guerra. Tenían miedo, pero también alegría al verse acompañados por la Iglesia, sintiendo que esta no les ha abandonado”. En este sentido, un momento emotivo se vivió “el Domingo de Ramos, cuando me coincidió en una residencia en Arcos de la Frontera. Fue una celebración sencilla y muy bonita. Leímos la Pasión y nadie quería quedarse sin su ramo”.

También ha habido momentos de esperanza y reencuentro con la fe en medio de tanto sufrimiento: “Un día, estuve mucho tiempo hablando con una mujer. Me contó que era divorciada y, durante buena parte de su vida, se había sentido desamparada en su relación con la Iglesia. Esa conversación supuso para ella una especie de reconciliación con Dios. Aprovechamos para llamar a su hijo, que vive en Londres. De hecho, es una de las cosas que suelo hacer con los mayores: me hablan de su familia y, al tener el móvil, les llamamos para que vean que están bien”».

ESTA EXPERIENCIA NOS HA HECHO MEJORES PERSONAS

Por Miguel Ángel Malavia

Entrevista al comandante **José María Corrochano**, responsable del dispositivo montado en el palacio de Hielo de Madrid.

«Como creyente, la fe es una compañía continua; no solo la fe, sino su compañera inseparable, la esperanza. En este caso, la esperanza de que “la muerte no es el final” me ha hecho afrontar esta misión como una herramienta del Señor para ayudarle en su obra confortadora; no tanto de los fallecidos, como de sus familias.

Hemos sido conscientes de que nos ha tocado el papel de dignificar y acompañar a nuestros fallecidos y, en mi caso, he querido hacerlo desde la caridad cristiana de acompañar o sustituir, en lo posible, a esas familias en su dolor. Recuerdo la visita de una autoridad y cómo entramos solos a la pista. Al verse allí, se conmovió de una manera muy sincera. Me pidió permiso para orar como católico que era y yo, a mi vez, le pedí poder acompañarle. Fueron minutos de silencio, fe y emoción compartida que me causaron un gran impacto».

SIEMPRE ESTÁN AHÍ

Por Juan del Río Martín. Arzobispo Castrense de España

«Los militares y capellanes castrenses, entregados a las tareas de cada día, no hacen mucho ruido ni buscan protagonismo. Unos y otros viven los valores propios de su profesión según los principios constitucionales (art.8). Dispuestos a entregar su vida, si fuera preciso, por la libertad, por la seguridad y por la paz de España. No les mueven satisfacciones económicas o un plus de peligrosidad. Al soldado solo le motiva la vocación de ser centinela de la paz y, al páter, el oficio de acompañarle y apoyarle en el camino de la milicia, como se da en todos los países democráticos».

Publicado numero 3180 la revista “Vida Nueva

REVISTA 21**HISTORIAS EN TIEMPOS DE PANDEMIA**

Artículo de Monseñor Juan del Río Martín
Arzobispo Castrense de España

«La prensa, radio, televisión y redes sociales en el confinamiento han abierto ventanas a la ilusión, han acortado las distancias geográficas y sociales y han sabido narrar historias de solidaridad, entrega y generosidad que han merecido el aplauso y el reconocimiento de la sociedad. Por eso, el servicio de los periodistas y gente de la comunicación, exponiéndose en ocasiones al contagio con tal de hacer su labor, merecen también nuestro agradecimiento».

Publicado en el número de junio de 2020

RELIGIÓN CONFIDENCIAL**JUAN DEL RÍO: "LOS OBISPOS DEBEMOS ASUMIR LA CRÍTICA"**

«Si tengo que resumir brevemente la labor de los capellanes en el Estado de Alarma solo puedo hacerlo diciendo que como siempre tratan de ser el rostro de Cristo en el seno de nuestras Fuerzas Armadas y Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, no hay mejor resumen. Han permanecido todos en sus puestos y han estado allí donde les han

necesitado, orando por los afectados del Coronavirus y ofreciendo la misa en sufragio por los fallecidos.

El capellán castrense se caracteriza por “a tiempo y a destiempo” estar con los suyos con independencia de la fe que profesan. Ellos representan “un plus de humanidad” en la estructura militar. Esta noticia publicada en la web del arzobispado es muy ilustrativa. Si tengo que expresar lo que más admiro de nuestros ejércitos me quedo sin palabras. Ellos han sido ese rostro samaritano y solidario por allá donde han pasado, se han jugado la salud por “salvar vidas” de tantos españoles. A ellos, junto a otros colectivos, nuestro agradecimiento».

Publicado el 11 de junio de 2020

ALFA Y OMEGA

FONDO DE EMERGENCIA DEL ARZOBISPADO CASTRENSE: UN GRANERO DE SOLIDARIDA.

Reportaje sobre el Fondo de Emergencia “El Granero de José”, creado para paliar las consecuencias socio-económicas de la pandemia.

«Esto es lo que ha querido imitar el Arzobispado Castrense desde hace un mes, por iniciativa del arzobispo, Juan del Río, al abrir su propio granero, un fondo de emergencia que pretende paliar las consecuencias sociales y económicas derivadas de la pandemia del COVID-19, y que en este tiempo ha reunido más 50.000 euros procedentes de más de 231 donantes, encabezados por el arzobispo, que fue el primero en aportar. Un fondo que no se podía llamar sino

El Granero de José y que quiere, según reconoce a *Alfa* y *Omega* el páter Benito Pérez Lopo, delegado de Acción Social de Cáritas Castrense, «aprovechar la sensibilidad del corazón en los momentos de crisis para prever para un futuro».

Publicado el 25 de junio de 2020

EL MUNDO

HE VISTO EN LOS ANCIANOS LA MISMA MIRADA DE LOS NIÑOS EN LA GUERRA

Tras 14 años de misiones, el capellán de La Legión en Almería Don Francisco Ruiz, narra lo que vio desinfectando residencias.

«La misma mirada que he visto en los niños de las guerras. Una mirada de necesidad, no física, sino de consuelo humano. La de alguien que necesita una respuesta ante lo que está viviendo. En las semanas más duras murieron muchos, así que los ancianos se sabían vulnerables. Les decíamos que íbamos a acabar con el bicho y que íbamos a ayudarles. Los sacaban al patio y hablábamos. Yo les decía: ‘Soy el cura militar’. Y ellos me decían: ‘Dios le bendiga’».

Publicado el 17 de junio de 2020

RELIGIÓN DIGITAL

JUAN DEL RÍO: "ES EL MOMENTO DE TRABAJAR POR LA SALUD DE LOS ESPAÑOLES, ES EL MOMENTO DE NO ARRIESGAR INNECESARIAMENTE VIDAS HUMANAS, ES EL MOMENTO DE SUMAR"

«Nuestra experiencia en el ámbito de la jurisdicción castrense y de las funciones encomendadas a las Fuerzas Armadas y Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado desde luego ha sido buena, como siempre.

El Páter no sólo ha sido desarrollo y expresión del Derecho Fundamental de Libertad Religiosa, sino que en muchas ocasiones dentro de la operación “Balmis”, como se ha visto, se ha convertido en uno más e incluso en pieza fundamental, y siempre con la coordinación de la autoridad civil y militar».

Publicado el 24 de junio de 2020

ECCLESIA

LA ACTUACIÓN DE LAS FUERZAS ARMADAS HA CAUSADO UN GRAN IMPACTO EN LA SOCIEDAD

Entrevista a Juan del Río Marín.

Arzobispo Castrense de España.

Presidente de la Comisión Episcopal para las Comunicaciones Sociales.

«Los capellanes castrenses son los artesanos de la paz entre las armas. Se encuentran esparcidos por la geografía española, o bien acompañando a nuestras tropas en las misiones internacionales de paz como puedan ser: Irak, Afganistán, Turquía, Líbano, Mali o Lituania y otros lugares de navegación. Porque como dice el Papa Francisco: «Ellos son los primeros ministros del hombre y sus derechos fundamentales».

Esta presencia espiritual y pastoral, no es un privilegio de tiempos pasados, ni una rémora para la sana laicidad, sino que es un derecho que le asiste al militar creyente de ser asistido espiritualmente; amparado en el derecho constitucional de libertad religiosa y por la praxis de siempre de la existencia de un servicio religioso en todos los ejércitos democráticos del mundo».

Publicado en el número 4040 de julio de 2020

REVISTA 21

UN EXTRAÑO EN EL CAMINO

Artículo de D. Juan del Río Martín
Arzobispo Castrense de España

«Estamos ante una Encíclica de carácter eminentemente social, abierta a todo lo bueno que podamos encontrar en el otro. Todo ello dicho en el contexto de la pandemia de COVID-19, que ha dejado al descubierto el fracaso del sistema de vida llevado hasta este momento: “Estamos llamados a repensar nuestro modo de vida, relaciones, organizaciones de nuestras sociedades y sobre todo de nuestra existencia” (FT 42)».

Publicado en noviembre de 2020

Estas intervenciones mediáticas son un pequeño reflejo de la intensa actividad pastoral y samaritana que durante estos meses de pandemia promueve el Arzobispado Castrense de España. Para estas

actuaciones siempre hemos contado con el estimable apoyo del personal civil y militar de la curia diocesana, que agradecemos vivamente. Así, arzobispo, capellanes, militares, guardias civiles y policía juntamente con otros fieles de la jurisdicción castrense, han trabajado a unísono en beneficio de la sociedad española, aportando un “Plus de Humanidad”, como nos dice el Papa en la encíclica *Fratelli Tutti*: “En muchos lugares del mundo hacen falta caminos de paz que lleven a cicatrizar las heridas, se necesitan artesanos de paz dispuestos a generar procesos de sanación y de reencuentro con ingenio y audacia”.



«LA CULTURA EL CUIDADO COMO CAMINO DE PAZ»

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA LA CELEBRACIÓN DE LA
54 JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ

- 01 DE ENERO DE 2021 -

1. En el umbral del Año Nuevo, deseo presentar mi más respetuoso saludo a los Jefes de Estado y de Gobierno, a los responsables de las organizaciones internacionales, a los líderes espirituales y a los fieles de diversas religiones, y a los hombres y mujeres de buena voluntad. A todos les hago llegar mis mejores deseos para que la humanidad pueda progresar en este año por el camino de la fraternidad, la justicia y la paz entre las personas, las comunidades, los pueblos y los Estados.

El año 2020 se caracterizó por la gran crisis sanitaria de COVID-19, que se ha convertido en un fenómeno multisectorial y mundial, que agrava las crisis fuertemente interrelacionadas, como la climática, alimentaria, económica y migratoria, y causa grandes sufrimientos y penurias. Pienso en primer lugar en los que han perdido a un familiar o un ser querido, pero también en los que se han quedado sin trabajo. Recuerdo especialmente a los médicos, enfermeros, farmacéuticos, investigadores, voluntarios, capellanes y personal de los hospitales y centros de salud, que se han esforzado y siguen haciéndolo, con gran dedicación y sacrificio, hasta el punto de que algunos de ellos han fallecido procurando estar cerca de los enfermos, aliviar su sufrimiento o salvar sus vidas. Al rendir homenaje a estas personas, renuevo mi llamamiento a los responsables políticos y al sector privado para que adopten las medidas adecuadas a fin de garantizar el acceso a las vacunas contra el COVID-19 y a las tecnologías esenciales necesarias para prestar asistencia a los enfermos y a los más pobres y frágiles¹.

¹ Cf. *Videomensaje con motivo de la 75.ª Sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas*, 25 septiembre 2020.

Es doloroso constatar que, lamentablemente, junto a numerosos testimonios de caridad y solidaridad, están cobrando un nuevo impulso diversas formas de nacionalismo, racismo, xenofobia e incluso guerras y conflictos que siembran muerte y destrucción.

Estos y otros eventos, que han marcado el camino de la humanidad en el último año, nos enseñan la importancia de hacernos cargo los unos de los otros y también de la creación, para construir una sociedad basada en relaciones de fraternidad. Por eso he elegido como tema de este mensaje: *La cultura del cuidado como camino de paz*. Cultura del cuidado para erradicar la cultura de la indiferencia, del rechazo y de la confrontación, que suele prevalecer hoy en día.

2. Dios Creador, origen de la vocación humana al cuidado

En muchas tradiciones religiosas, hay narraciones que se refieren al origen del hombre, a su relación con el Creador, con la naturaleza y con sus semejantes. En la Biblia, el *Libro del Génesis* revela, desde el principio, la importancia del *cuidado* o de la *custodia* en el proyecto de Dios por la humanidad, poniendo en evidencia la relación entre el hombre (*'adam*) y la tierra (*'adamah*), y entre los hermanos. En el relato bíblico de la creación, Dios confía el jardín “plantado en el Edén” (cf. *Gn* 2,8) a las manos de Adán con la tarea de “*cultivarlo y cuidarlo*” (cf. *Gn* 2,15). Esto significa, por un

lado, hacer que la tierra sea productiva y, por otro, protegerla y hacer que mantenga su capacidad para sostener la vida². Los verbos “cultivar” y “cuidar” describen la relación de Adán con su casa-jardín e indican también la confianza que Dios deposita en él al constituirlo señor y guardián de toda la creación.

El nacimiento de Caín y Abel dio origen a una historia de hermanos, cuya relación sería interpretada —negativamente— por Caín en términos de *protección* o *custodia*. Caín, después de matar a su hermano Abel, respondió así a la pregunta de Dios: «¿Acaso yo soy *guardián* de mi hermano?» (*Gn* 4,9)³. Sí, ciertamente. Caín era el “guardián” de su hermano. «En estos relatos tan antiguos, cargados de profundo simbolismo, ya estaba contenida una convicción actual: que todo está relacionado, y que el auténtico cuidado de nuestra propia vida y de nuestras relaciones con la naturaleza es inseparable de la fraternidad, la justicia y la fidelidad a los demás»⁴.

3. Dios Creador, modelo del cuidado

La Sagrada Escritura presenta a Dios no sólo como Creador, sino también como Aquel que cuida de sus criaturas, especialmente de Adán, de Eva y de sus hijos. El mismo Caín, aunque cayera sobre él el peso de la maldición por el crimen que cometió, recibió como don del Creador una *señal de protección* para que su vida fuera salvaguardada

² Cf. Carta enc. *Laudato si'* (24 mayo 2015), 67.

³ Cf. “*La fraternidad, fundamento y camino para la paz*”. Mensaje para la celebración de la 47.^a Jornada Mundial de la Paz, 1 enero 2014 (8 diciembre 2013), 2.

⁴ Carta enc. *Laudato si'* (24 mayo 2015), 70.

(cf. *Gn* 4,15). Este hecho, si bien confirma la *dignidad inviolable* de la persona, creada a imagen y semejanza de Dios, también manifiesta el plan divino de preservar la armonía de la creación, porque «la paz y la violencia no pueden habitar juntas»⁵.

Precisamente el cuidado de la creación está en la base de la institución del *Shabbat* que, además de regular el culto divino, tenía como objetivo restablecer el orden social y el cuidado de los pobres (cf. *Gn* 1,1-3; *Lv* 25,4). La celebración del Jubileo, con ocasión del séptimo año sabático, permitía una tregua a la tierra, a los esclavos y a los endeudados. En ese año de gracia, se protegía a los más débiles, ofreciéndoles una nueva perspectiva de la vida, para que no hubiera personas necesitadas en la comunidad (cf. *Dt* 15,4).

También es digna de mención la tradición profética, donde la cumbre de la comprensión bíblica de la justicia se manifestaba en la forma en que una comunidad trataba a los más débiles que estaban en ella. Por eso Amós (2,6-8; 8) e Isaías (58), en particular, hacían oír continuamente su voz en favor de la justicia para los pobres, quienes, por su vulnerabilidad y falta de poder, eran escuchados sólo por Dios, que los cuidaba (cf. *Sal* 34,7; 113,7-8).

4. El cuidado en el ministerio de Jesús

La vida y el ministerio de Jesús encarnan el punto culminante de la revelación del amor del Padre por la humanidad (cf. *Jn* 3,16). En

⁵ Pontificio Consejo “Justicia y Paz”, *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 488.

la sinagoga de Nazaret, Jesús se manifestó como Aquel a quien el Señor ungió «para anunciar la buena noticia a los pobres, ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a dejar en libertad a los oprimidos» (*Lc* 4,18). Estas acciones mesiánicas, típicas de los jubileos, constituyen el testimonio más elocuente de la misión que le confió el Padre. En su compasión, Cristo se acercaba a los enfermos del cuerpo y del espíritu y los curaba; perdonaba a los pecadores y les daba una vida nueva. Jesús era el Buen Pastor que cuidaba de las ovejas (cf. *Jn* 10,11-18; *Ez* 34,1-31); era el Buen Samaritano que se inclinaba sobre el hombre herido, vendaba sus heridas y se ocupaba de él (cf. *Lc* 10,30-37).

En la cúspide de su misión, Jesús selló su cuidado hacia nosotros ofreciéndose a sí mismo en la cruz y liberándonos de la esclavitud del pecado y de la muerte. Así, con el don de su vida y su sacrificio, nos abrió el camino del amor y dice a cada uno: “Sígueme y haz lo mismo” (cf. *Lc* 10,37).

5. La cultura del cuidado en la vida de los seguidores de Jesús

Las obras de misericordia espirituales y corporales constituyen el núcleo del servicio de caridad de la Iglesia primitiva. Los cristianos de la primera generación compartían lo que tenían para que nadie entre ellos pasara necesidad (cf. *Hch* 4,34-35) y se esforzaban por hacer de la comunidad un hogar acogedor, abierto a todas las situaciones humanas, listo para hacerse cargo de los más frágiles. Así, se hizo costumbre realizar ofrendas voluntarias para dar de comer a los

pobres, enterrar a los muertos y sustentar a los huérfanos, a los ancianos y a las víctimas de desastres, como los náufragos. Y cuando, en períodos posteriores, la generosidad de los cristianos perdió un poco de dinamismo, algunos Padres de la Iglesia insistieron en que la propiedad es querida por Dios para el bien común. Ambrosio sostenía que «la naturaleza ha vertido todas las cosas para el bien común. [...] Por lo tanto, la naturaleza ha producido un derecho común para todos, pero la codicia lo ha convertido en un derecho para unos pocos»⁶. Habiendo superado las persecuciones de los primeros siglos, la Iglesia aprovechó la libertad para inspirar a la sociedad y su cultura. «Las necesidades de la época exigían nuevos compromisos al servicio de la caridad cristiana. Las crónicas de la historia reportan innumerables ejemplos de obras de misericordia. De esos esfuerzos concertados han surgido numerosas instituciones para el alivio de todas las necesidades humanas: hospitales, hospicios para los pobres, orfanatos, hogares para niños, refugios para peregrinos, entre otras»⁷.

6. Los principios de la doctrina social de la Iglesia como fundamento de la cultura del cuidado

La *diakonia* de los orígenes, enriquecida por la reflexión de los Padres y animada, a lo largo de los siglos, por la caridad activa de tantos testigos elocuentes de la fe, se ha convertido en el corazón palpitante de la doctrina social de la Iglesia, ofreciéndose a todos los hombres de buena voluntad como un rico patrimonio de principios,

⁶ *De officiis*, 1, 28, 132: PL 16, 67.

⁷ K. Bihlmeyer - H. Tüchle, *Church History*, vol.1, Westminster, The Newman Press, 1958, pp. 373-374.

criterios e indicaciones, del que extraer la “gramática” del cuidado: la promoción de la dignidad de toda persona humana, la solidaridad con los pobres y los indefensos, la preocupación por el bien común y la salvaguardia de la creación.

* El cuidado como promoción de la dignidad y de los derechos de la persona.

«El concepto de persona, nacido y madurado en el cristianismo, ayuda a perseguir un desarrollo plenamente humano. Porque persona significa siempre relación, no individualismo, afirma la inclusión y no la exclusión, la dignidad única e inviolable y no la explotación»⁸. Cada persona humana es un fin en sí misma, nunca un simple instrumento que se aprecia sólo por su utilidad, y ha sido creada para convivir en la familia, en la comunidad, en la sociedad, donde todos los miembros tienen la misma dignidad. De esta dignidad derivan los derechos humanos, así como los deberes, que recuerdan, por ejemplo, la responsabilidad de acoger y ayudar a los pobres, a los enfermos, a los marginados, a cada uno de nuestros «prójimos, cercanos o lejanos en el tiempo o en el espacio»⁹.

* El cuidado del bien común.

⁸ *Discurso a los participantes en el Congreso organizado por el Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral en el 50.º aniversario de la Carta encíclica “Populorum progressio”* (4 abril 2017).

⁹ Mensaje a la 22.ª Sesión de la Conferencia de las Partes de la Convención marco de las Naciones Unidas sobre el cambio climático (COP22), 10 noviembre 2016. Cf. Grupo de Trabajo interdicasterial de la Santa Sede sobre la Ecología Integral, *En camino para el cuidado de la casa común. A cinco años de la Laudato si’*, LEV, 31 mayo 2020.

Cada aspecto de la vida social, política y económica encuentra su realización cuando está al servicio del bien común, es decir del «conjunto de aquellas condiciones de la vida social que permiten a los grupos y cada uno de sus miembros conseguir más plena y fácilmente su propia perfección»¹⁰. Por lo tanto, nuestros planes y esfuerzos siempre deben tener en cuenta sus efectos sobre toda la familia humana, sopesando las consecuencias para el momento presente y para las generaciones futuras. La pandemia de Covid-19 nos muestra cuán cierto y actual es esto, puesto que «nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos»¹¹, porque «nadie se salva solo»¹² y ningún Estado nacional aislado puede asegurar el bien común de la propia población¹³.

* El cuidado mediante la solidaridad.

La solidaridad expresa concretamente el amor por el otro, no como un sentimiento vago, sino como «determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos»¹⁴. La solidaridad nos ayuda a ver al otro —entendido como persona o, en sentido más amplio, como pueblo o nación— no como una estadística, o un medio para ser explotado y luego desechado cuando ya no es útil, sino como nuestro prójimo, compañero de

¹⁰ Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 26.

¹¹ *Momento extraordinario de oración en tiempos de pandemia*, 27 marzo 2020.

¹² *Ibíd.*

¹³ Cf. Carta enc. *Fratelli tutti* (3 octubre 2020), 8, 153.

¹⁴ S. Juan Pablo II, Carta. enc. *Sollicitudo rei socialis* (30 diciembre 1987), 38.

camino, llamado a participar, como nosotros, en el banquete de la vida al que todos están invitados igualmente por Dios.

* El cuidado y la protección de la creación.

La encíclica *Laudato si'* constata plenamente la interconexión de toda la realidad creada y destaca la necesidad de escuchar al mismo tiempo el clamor de los necesitados y el de la creación. De esta escucha atenta y constante puede surgir un cuidado eficaz de la tierra, nuestra casa común, y de los pobres. A este respecto, deseo reafirmar que «no puede ser real un sentimiento de íntima unión con los demás seres de la naturaleza si al mismo tiempo en el corazón no hay ternura, compasión y preocupación por los seres humanos»¹⁵. «Paz, justicia y conservación de la creación son tres temas absolutamente ligados, que no podrán apartarse para ser tratados individualmente so pena de caer nuevamente en el reduccionismo»¹⁶.

7. La brújula para un rumbo común

En una época dominada por la cultura del descarte, frente al agravamiento de las desigualdades dentro de las naciones y entre ellas¹⁷, quisiera por tanto invitar a los responsables de las organizaciones internacionales y de los gobiernos, del sector económico y del científico, de la comunicación social y de las

¹⁵ Carta enc. *Laudato si'* (24 mayo 2015), 91.

¹⁶ Conferencia del Episcopado Dominicano, Carta pastoral Sobre la relación del hombre con la naturaleza (21 enero 1987); cf. Carta enc. *Laudato si'* (24 mayo 2015), 92.

¹⁷ Cf. Carta enc. *Fratelli tutti* (3 octubre 2020), 125.

instituciones educativas a tomar en mano la “brújula” de los principios anteriormente mencionados, para dar un rumbo común al proceso de globalización, «un rumbo realmente humano»¹⁸. Esta permitiría apreciar el valor y la dignidad de cada persona, actuar juntos y en solidaridad por el bien común, aliviando a los que sufren a causa de la pobreza, la enfermedad, la esclavitud, la discriminación y los conflictos. A través de esta brújula, animo a todos a convertirse en profetas y testigos de la cultura del cuidado, para superar tantas desigualdades sociales. Y esto será posible sólo con un fuerte y amplio protagonismo de las mujeres, en la familia y en todos los ámbitos sociales, políticos e institucionales.

La brújula de los principios sociales, necesaria para promover la cultura del cuidado, es también indicativa para las relaciones entre las naciones, que deberían inspirarse en la fraternidad, el respeto mutuo, la solidaridad y el cumplimiento del derecho internacional. A este respecto, debe reafirmarse la protección y la promoción de los derechos humanos fundamentales, que son inalienables, universales e indivisibles¹⁹.

También cabe mencionar el respeto del derecho humanitario, especialmente en este tiempo en que los conflictos y las guerras se suceden sin interrupción. Lamentablemente, muchas regiones y comunidades ya no recuerdan una época en la que vivían en paz y seguridad. Muchas ciudades se han convertido en epicentros de inseguridad: sus habitantes luchan por mantener sus ritmos normales

¹⁸ *Ibíd.*, 29.

¹⁹ Cf. *Mensaje a los participantes en la Conferencia internacional “Los derechos humanos en el mundo contemporáneo: conquistas, omisiones, negaciones”*, Roma, 10-11 diciembre 2018.

porque son atacados y bombardeados indiscriminadamente por explosivos, artillería y armas ligeras. Los niños no pueden estudiar. Los hombres y las mujeres no pueden trabajar para mantener a sus familias. La hambruna echa raíces donde antes era desconocida. Las personas se ven obligadas a huir, dejando atrás no sólo sus hogares, sino también la historia familiar y las raíces culturales.

Las causas del conflicto son muchas, pero el resultado es siempre el mismo: destrucción y crisis humanitaria. Debemos detenernos y preguntarnos: ¿qué ha llevado a la normalización de los conflictos en el mundo? Y, sobre todo, ¿cómo podemos convertir nuestro corazón y cambiar nuestra mentalidad para buscar verdaderamente la paz en solidaridad y fraternidad?

Cuánto derroche de recursos hay para las armas, en particular para las nucleares²⁰, recursos que podrían utilizarse para prioridades más importantes a fin de garantizar la seguridad de las personas, como la promoción de la paz y del desarrollo humano integral, la lucha contra la pobreza y la satisfacción de las necesidades de salud. Además, esto se manifiesta a causa de los problemas mundiales como la actual pandemia de Covid-19 y el cambio climático. Qué valiente decisión sería «constituir con el dinero que se usa en armas y otros gastos militares “un Fondo mundial” para poder derrotar definitivamente el hambre y ayudar al desarrollo de los países más pobres»²¹.

²⁰ Cf. *Mensaje a la Conferencia de la ONU para la negociación de un instrumento jurídicamente vinculante sobre la prohibición de las armas nucleares que conduzca a su total eliminación*, 23 marzo 2017.

²¹ *Videomensaje para la Jornada Mundial de la Alimentación*, 16 octubre 2020.

8. Para educar a la cultura del cuidado

La promoción de la cultura del cuidado requiere un proceso educativo y la brújula de los principios sociales se plantea con esta finalidad, como un instrumento fiable para diferentes contextos relacionados entre sí. Me gustaría ofrecer algunos ejemplos al respecto.

— La educación para el cuidado nace en la familia, núcleo natural y fundamental de la sociedad, donde se aprende a vivir en relación y en respeto mutuo. Sin embargo, es necesario poner a la familia en condiciones de cumplir esta tarea vital e indispensable.

— Siempre en colaboración con la familia, otros sujetos encargados de la educación son la escuela y la universidad y, de igual manera, en ciertos aspectos, los agentes de la comunicación social²². Dichos sujetos están llamados a transmitir un sistema de valores basado en el reconocimiento de la dignidad de cada persona, de cada comunidad lingüística, étnica y religiosa, de cada pueblo y de los derechos fundamentales que derivan de estos. La educación constituye uno de los pilares más justos y solidarios de la sociedad.

— Las religiones en general, y los líderes religiosos en particular, pueden desempeñar un papel insustituible en la transmisión a los fieles y a la sociedad de los valores de la solidaridad, el respeto a las diferencias, la acogida y el cuidado de los hermanos y hermanas

²² Cf. Benedicto XVI, *“Educar a los jóvenes en la justicia y la paz”*. Mensaje para la celebración de la 45.^a Jornada Mundial de la Paz, 1 enero 2012 (8 diciembre 2011), 2; *“Vence la indiferencia y conquista la paz”*. Mensaje para la celebración de la 49.^a Jornada Mundial de la Paz, 1 enero 2016 (8 diciembre 2015), 6.

más frágiles. A este respecto, recuerdo las palabras del Papa Pablo VI dirigidas al Parlamento ugandés en 1969: «No temáis a la Iglesia. Ella os honra, os forma ciudadanos honrados y leales, no fomenta rivalidades ni divisiones, trata de promover la sana libertad, la justicia social, la paz; si tiene alguna preferencia es para los pobres, para la educación de los pequeños y del pueblo, para la asistencia a los abandonados y a cuantos sufren»²³.

— A todos los que están comprometidos al servicio de las poblaciones, en las organizaciones internacionales gubernamentales y no gubernamentales, que desempeñan una misión educativa, y a todos los que, de diversas maneras, trabajan en el campo de la educación y la investigación, los animo nuevamente, para que se logre el objetivo de una educación «más abierta e incluyente, capaz de la escucha paciente, del diálogo constructivo y de la mutua comprensión»²⁴. Espero que esta invitación, hecha en el contexto del Pacto educativo global, reciba un amplio y renovado apoyo.

9. No hay paz sin la cultura del cuidado

La cultura del cuidado, como compromiso común, solidario y participativo para proteger y promover la dignidad y el bien de todos, como una disposición al cuidado, a la atención, a la compasión, a la reconciliación y a la recuperación, al respeto y a la aceptación mutuos, es un camino privilegiado para construir la paz. «En muchos lugares del mundo hacen falta caminos de paz que lleven a cicatrizar las

²³ *Discurso a los Diputados y Senadores de Uganda*, Kampala, 1 agosto 1969.

²⁴ *Mensaje para el lanzamiento del Pacto Educativo*, 12 septiembre 2019.

heridas, se necesitan artesanos de paz dispuestos a generar procesos de sanación y de reencuentro con ingenio y audacia»²⁵.

En este tiempo, en el que la barca de la humanidad, sacudida por la tempestad de la crisis, avanza con dificultad en busca de un horizonte más tranquilo y sereno, el timón de la dignidad de la persona humana y la “brújula” de los principios sociales fundamentales pueden permitirnos navegar con un rumbo seguro y común. Como cristianos, fijemos nuestra mirada en la Virgen María, Estrella del Mar y Madre de la Esperanza. Trabajemos todos juntos para avanzar hacia un nuevo horizonte de amor y paz, de fraternidad y solidaridad, de apoyo mutuo y acogida. No cedamos a la tentación de desinteresarnos de los demás, especialmente de los más débiles; no nos acostumbremos a desviar la mirada²⁶, sino comprometámonos cada día concretamente para «formar una comunidad compuesta de hermanos que se acogen recíprocamente y se preocupan los unos de los otros»²⁷.

Vaticano, 8 de diciembre de 2020

FRANCISCO

²⁵ Carta. enc. *Fratelli tutti* (3 octubre 2020), 225.

²⁶ Cf. *Ibid.*, 64.

²⁷ *Ibid.*, 96; cf. “*La fraternidad, fundamento y camino para la paz*”. Mensaje para la 47.^a Jornada Mundial de la Paz, 1 enero 2014 (8 diciembre 2013), 1.

